



DOCUMENTO DE TRABAJO

Seminario "El Límite  
de las Diferencias"

La serie Documentos de Trabajo, ha sido creada para difundir transcripciones literales de charlas, debates y exposiciones en seminarios, todos de carácter preliminar y no sometidos a revisión por los expositores.

SEMINARIO "EL LIMITE DE LAS DIFERENCIAS"

Julio Subercaseaux

"El significado del régimen actual y  
perspectivas de democratización"

El Ibañismo fué como una mezcla de nacionalismo y antipoliticismo según lo expresado en la revista de ese tiempo dirigida por Jorge Prat; se inició a su vez una campaña contra lo que llamaron los vicios de la política de ese entonces, y contra los políticos y más que contra los políticos, contra los partidos políticos, --de desprestigio de los partidos políticos y naturalmente contra el Congreso, planteando la necesidad de robustecer aun más el poder ejecutivo y el poder presidencial. Si a esta campaña y a este talante, que empezaban, en vista del desgobierno que en ese momento ya se advertía, a adoptar vastos sectores de nuestra nacionalidad, como se demostró después con el resultado electoral de Ibañez, agregamos nosotros otros hechos congruentes como era por ejemplo que justo en esa época, se incorporó una gran masa de votantes, --la mujer se incorporó a los registros electorales para elegir Presidente y Diputados--, llegamos a la conclusión, entonces, de que debilitados como estaban los partidos políticos, por el ataque que de ellos se hacía y por el hecho de que en el Gobierno, en ese instante, no habían podido lograr la eficacia que habían logrado antes, -- por ejemplo, bajo Juan Antonio Ríos, bajo Pedro Aguirre Cerda, bajo Arturo Alessandri Palma mismo--, resultaban inoperantes.

Junto a esa debilidad que tan gravemente los estaba afectando vino a sumarse este otro factor de debilidad: que las estructuras anacrónicas de esos partidos políticos no fueron capaces de contener y de interpretar los anhelos de la gran masa

que se estaba inscribiendo en esos momentos, principalmente mujeres; entonces se formó una especie de caudillismo. Ya no era la combinación política la que iba a predominar, ya no era la voz de las cifras: era el carisma de las personalidades. Surgió el Ibañismo primero, surgió el Alessandrismo, --el segundo Alessandrismo después--, de una candidatura que no nació en los conciliábulos partidistas, sino que prendió de súbito en ciertos sectores independientes y, después, quedaría por determinar si las personalidades de Frei y de Allende superaron a sus combinaciones políticas o ellos iban detrás de las combinaciones políticas; mi modesta opinión es que las personalidades superaron a las combinaciones políticas, porque en realidad la estructura partidaria se demostró incompetente en ese momento, salvo excepciones naturalmente, para contener la inmensa masa de gente que se estaba incorporando a los registros electorales.

Esto trajo dos fenómenos: en primer lugar, la carencia de mayorías efectivas; naturalmente los caudillismo fraccionan, porque cuando los partidos políticos gobernaban la opinión del país, era fácil integrar mayorías absolutas, era fácil retirar a un candidato para apoyar a otro candidato, por ejemplo, en elecciones presidenciales, pero desde el momento en que los caudillos sobrepasaron a las estructuras partidarias, ya no se podía hablar de estar transigiendo candidaturas. Eran puntos de vista esenciales, y entonces vimos como empezaba a nacer dentro del estilo político, un concepto integrista y vertical. Nada se transaba, las utopías eran totalmente incuestionables y había que morir con la bandera al tope. Esto llevó entonces, ayudado por claras deficiencias de la Constitución de 1925, al fraccionamiento de nuestra nación legal y al surgimiento de los tres tercios y de las mayorías parciales que tan incapaces se vieron después para gobernar y para capitalizar a la opinión pública. Junto con esto, sobrevino naturalmente una cri-

sis del consenso, porque este detrimento de los partidos políticos no era sólo una merma en el prestigio de que gozaban los partidos políticos en sí, sino que comprendiendo la importancia que tenían los partidos políticos como herramientas de consenso, porque ellos eran los factores de los grandes acuerdos nacionales; era indubitado que si se atacaba a los partidos políticos en su vigor y en su prestancia se estaba atacando al mismo tiempo la posibilidad del consenso. Esos fueron los dos resultados que se advirtieron, originados y advertidos al mismo tiempo por la opinión civil en una actitud contradictoria, que se produce muchas veces en las democracias nacientes, advertidos porque naturalmente los partidos no estaban interpretando a la opinión pública, pero originados también porque había una acción sistematizada de denuncia a los partidos políticos que los debilitaba aun mucho más; entonces, la relación causa a efecto se mantenía absolutamente confundida, qué era la causa y qué era el efecto de todo este fenómeno.

Pero fuera de los antecedentes históricos civiles que acabo de enunciar, hay antecedentes militares en la historia de Chile que naturalmente tenían que prologar algo que fué un pronunciamiento militar. Y no me voy a remontar a lo largo de toda la historia de Chile, sino que voy a hablar de las actuaciones militares en 1891, en 1924 y 25 y, por último, de la dictadura de Ibañez. Nuestra democracia aparentemente tan perfecta durante su historia, tenía precisamente ciertos interregnos provocados por irrupciones militares que en cierto modo nos sirven de parámetro en este momento para sacar otra conclusión a continuación, al respecto. En 1891 la mayoría de las fuerzas armadas chilenas se inclinó contra el Presidente Balmaceda: el mejor general, los cuerpos mejor adiestrados, la Armada, (la Aviación no existía) y se inclinó de ese modo, porque encontró que, en el conflicto planteado, el espíritu de la Constitución estaba por la causa parlamentaria y nó con

la causa presidencial, es decir, que la interpretación de la Constitución de 1833 favorecía mucho más la tesis del Congreso que la tesis del Ejecutivo; en buenas cuentas, que era Balmaceda el que estaba rompiendo la Constitución. No voy a hablar de otras razones que pudieran haber inducido a las fuerzas armadas a tomar esta actitud en 1891, porque no lo creo del caso, porque aquí todos nosotros tenemos que centrarnos eminentemente al tema constitucional-institucional, dejando de mano, porque no es lo pertinente en este momento, otras interpretaciones. En 1924 y 1925 sucedió lo contrario: en 1924 y 25 se dieron cuenta las fuerzas armadas que el parlamentarismo había ido demasiado lejos en una interpretación exagerada de lo que eran las normas de la misma Constitución de 1833, y esta vez intervinieron en favor del Ejecutivo, --de reforzamiento del Ejecutivo--, contra lo que ellos consideraban las licencias del Congreso.

Y después vino la dictadura de Ibañez, una dictadura que pretendió tener el carácter nacionalista, pero que en muchos aspectos de su economía no lo era tal, que simbolizó entonces la consumación de estos pronunciamientos de 1924 y 1925 al aplicar, al llevar a la práctica, la Constitución recién dictada de 1925 y muchas de sus leyes accesorias, entre ellas el Código del Trabajo que fué promulgado en esa época.

Yo quiero hacer esta comparación de estas dos irrupciones militares anteriores, porque 24 y 25 y dictadura de Ibañez podría sintetizarlas para lo que estamos buscando en una sola, más la del 91 y más la del 73, para anotar algunas diferencias, claras diferencias conceptuales entre ellas.

Aquí nosotros constatamos que en dos oportunidades el ejército se ha pronunciado a favor del parlamento en contra del poder presidencial: en 1891 y en 1973 cuando fué llamado por una rama del Congreso en su defensa, y porque naturalmente es indudable que haciendo abstracción de las ideas y de las

doctrinas que estaban en juego, que tampoco comportan en este caso porque nos vamos a ceñir estrictamente a los planteamientos institucionales, --haciendo abstracción de eso--, no había duda que el año 73 se había planteado un conflicto entre el ejecutivo y el Congreso y esta vez entonces las fuerzas armadas habían sido llamadas por una rama del Congreso y entendían que su acción en esa declaración de Marzo de 1974 era para restablecer la legalidad quebrantada que los que fuimos partidarios de ese pronunciamiento en esa época (eso hay que decirlo con toda sinceridad) creíamos que era precisamente de volverle los fueros al parlamento y reforzar entonces un planteamiento, incluso una futura Constitución en la cual el parlamento estuviera mucho mejor contemplado en sus facultades que en la Constitución de 1925.

Tres pronunciamientos entonces, aparentemente dos a favor del Congreso contra el Ejecutivo y uno de reforzamiento o apoyo al Gobierno frente a la acción licenciosa del Parlamento. Esas irrupciones --a las que habría que agregar también la candidatura democrática y el Gobierno Constitucional del General Carlos Ibañez del Campo, después, entre 1952 y 1958-- no presentaban las mismas características de "liberismo" en lo económico-social que presentó este último Gobierno. En ese sentido sobretodo, la acción de los ministros militares, de los representantes del ejército en los diversos gobiernos en que les tocó participar era una acción de carácter nacionalista-estatista, pues era más bien la mentalidad del ejército de Chile favorecer la intervención del Estado como medio de defender a las clases necesitadas y velar por la justicia; esta subsidiariedad del Estado contradice totalmente lo que antes habían planteado en su acción concreta los miembros del ejército de Chile todavía en sus irrupciones por el gobierno de la República. ¿A qué conclusión nos lleva esto? No nos olvidemos incluso que el advenimiento de Ibañez al poder fué

preparado en 1924 y 25 hasta el año 26 que asumió y fué preparado por una larga campaña doctrinario-ideológica por el Partido Nacional de ese entonces que era un partido que privilegiaba la intervención del Estado como lo ha demostrado Mario Góngora: privilegiaba la intervención del Estado sobre el liberalismo absoluto que estaban planteando otros grupos políticos.

¿A qué conclusión se llega entonces, después de este examen comparativo del régimen de Pinochet con los otros regímenes militares que han existido en Chile?. Se llega a la conclusión que el régimen de Pinochet es atípico en nuestra historia, que no tiene que ver con los otros regímenes militares ni con la tradición castrense, que no puede asimilarse en consecuencia a las experiencias pasadas, y no sólo eso, que en cierta manera vino a significar; yo no sé que palabra usar --una palabra lo más suave que se pueda usar para no herir sus ceptibilidades--, pero vino a significar una especie de escamoteo a las esperanzas que habían cifrado fuertes sectores de la nacionalidad en su acción el 11 de Septiembre, porque estábamos convencidos que una de las finalidades del pronunciamiento militar iba a ser devolverle al país el equilibrio de los poderes públicos y en vez de hacer una cosa parecida, que además ratificó en su promesa de Marzo de 1974, nos ha llevado a una Constitución política que nos ha conducido a un presidencialismo exagerado hasta el último límite y que sencillamente no tiene precedente en nuestra historia constitucional y creo que muy pocos antecedentes en la historia de las constituciones del mundo. Siendo un sistema atípico que no obedece a inspiraciones históricas, -puede obedecer a causas históricas, pero nó a inspiraciones históricas- ¿cuáles son sus fuentes de inspiración inmediata, entonces? Yo diría que fundamentalmente tres: la doctrina de la seguridad nacional y el dictacionismo en América Latina; segundo, el franquismo español, y tercero, ciertos sistemas orientales del Pacífico.



La Doctrina de la Seguridad Nacional y el Dictacionismo en América Latina han sido suficientemente desarrollados aquí en todas las revistas de oposición durante mucho tiempo y los ejemplos del Dictacionismo los hemos visto aunque en esto no hay duda que anida un primo de colonialismo también. Así empezó a acentuarse el divorcio entre las clases sociales de un país, de manera que se creó un antagonismo y las clases dominantes no encontraron para resolver este antagonismo otro expediente que el dominio permanente por la fuerza. Esto sucedía principalmente en los países de la América Central por razones más que obvias, pero es muy doloroso constatar que una comparación de este tipo pueda haberse pensado aplicar en Chile también.

Voy a dejar el franquismo español para último término porque es el que presenta mayores semejanzas.

Los sistemas orientales del Pacífico derivan de un concepto equivocado de geopolítica que a mí me ha tocado criticar en otros trabajos, concepto equivocado de geopolítica que dice que Chile debe expandirse hacia el Pacífico, pero hay Pacíficos de Pacíficos, hay un Pacífico, claro, el que representan dos países democráticos que son Australia y Nueva Zelanda que son Pacíficos que climáticamente tienen mayor atinencia con lo que hemos sido y con nuestro modo de ser, pero ese Pacífico ecuatorial al cual nos quieren asimilar --casi ecuatorial--, naturalmente no favorece a Chile ese proyecto, a mi juicio, absolutamente para nada; además, aquí hay razones económicas también mal aplicadas que sería muy largo de explicar por qué. Si alguien me hace después una pregunta podría explicarlo.

¿Por qué digo es más parecido al franquismo español que al dictacionismo en América Latina? Porque nosotros tenemos la comparación, por ejemplo, con el régimen del Perú, con las dictaduras militares del Perú, recientes, y con la dictadura militar en el Brasil. La dictadura militar en el Brasil ha

tenido durante 20 años cinco gobernantes, luego no ha sido personalista, ha sido impersonal, y la dictadura militar en el Perú, durante 12 años dos gobernantes y dos gobernantes de distinto cuño, así que tampoco ha sido personalista y tampoco ha tenido una misma tendencia ideológica, económica y social. En tonces, es difícil asimilar. El franquismo español naturalmente fué monolítico en torno a un solo hombre durante los casi 40 años que duró en vida y en el Gobierno de España Francisco Franco. No hay duda, entonces, y lo reconoce el mismo general Pinochet que él ha bebido mucho de su experiencia en esto y se asimila al franquismo español en otra cosa, pero se diferencia en muchas otras también, que es que Franco, que se sintió el Regente de la monarquía española, --Regente restaurador--, y de allí quizás venga un título de legitimidad si se parte de la base que el pueblo español ha adoptado espontáneamente el régimen de la monarquía, quería saltarse una generación, jugó a saltarse una generación, una generación de reyes, de príncipes claro; se trataba de que no recuperara el gobierno de España don Juan de Borbón que era el legítimo heredero por considerar lo demasiado afecto a la democracia liberal, seguramente, y que el poder pasara al hijo de él, el actual rey Juan Carlos. Y en el entremés en que todo este proceso se fraguaba y el rey se preparaba, el futuro rey se preparaba para gobernar, Franco enunció una estructura de cartabón. Conviene tomar nota en esta estructura de cartabón para ver hasta donde un dictador a veces lanza una doctrina, nó con el afán de que esa doctrina sea adoptada en definitiva por un pueblo, sino que lanza una doctrina para llenar el hueco en que va a estar, porque era un secreto a voces en España cuando ya Franco iba en los últimos dos o tres años, era un secreto a voces, que cuando viniera el rey Juan Carlos, España volvería a la democracia plena. Me lo dijo un taxista en París, me acuerdo. Me dijo: "Cuando venga el rey va a cambiar todo y vamos a volver a la democracia plena". Entonces, no había ninguna animosidad contra Franco en

las últimas horas; en cambio, ahí los teóricos de su régimen habían consagrado una democracia tradicional según los conceptos de Vásquez de Mella, y tenían unas Cortes generadas así gremialmente, con un tercio familiar; pero toda esta estructura era evidentemente precaria y era considerada precaria incluso por el propio gobernante, porque cómo no iba a saber Franco perfectamente cuál era el pensamiento de su sucesor y qué iba a ocurrir el día que él se muriera.

De ahí entonces que existía esa diferencia con Pinochet, de que Augusto Pinochet en este momento dá la sensación de que quiere establecer aquí un régimen inamovible y eso es lo que lo caracteriza como una dictadura, como una dictadura cerrada. Esta pretensión de desarrollar un sistema que pueda superar todas las expresiones de voluntad popular y que se mantenga totalmente por medio de una Constitución cerrada y rígida, --se mantenga a través del tiempo--, eso es una característica indudable de una dictadura.

Entonces pensemos ahora, viendo toda esta índole de este Gobierno y lo atípico que es, y lo distinto, y que, por último, es una terrible excepción en nuestra vida institucional, porque si uno piensa, el primer interregno anárquico que tuvimos en nuestra historia, el que va desde la renuncia del general O'Higgins el 23 hasta la batalla de Lircay, son 8 años, si nosotros pensamos en el interregno que hay entre el golpe militar de Altamirano el 24 y la elección de don Arturo Alessandri el 32, son 8 años, y ahora ya llevamos once años, pero con una salvedad, que en esos primeros ocho años y en los segundos ocho años hubieron muchos gobiernos democráticos, en el medio en los últimos ocho años tuvimos la vuelta del presidente constitucional Alessandri para terminar su período y tuvimos el Gobierno de don Emiliano Figueroa y el de don Juan Esteban Montero, en cambio, ahora, hemos tenido una dictadura personalista y monolítica durante once años seguidos, inamovible. Entonces, es tan diferente, a eso voy yo, a establecer que es tan diferente el sistema de Pinochet, --el régimen que ha establecido

Pinochet y las fuerzas armadas, es tan diferente a lo que habían hecho las fuerzas armadas y lo que había sucedido en nuestro país antes, que sencillamente no cabe ninguna simulación posible, y en esta base tenemos que actuar: esta es una excepción, es un traspiés, es una interrupción brusca y violenta de nuestro vivir institucional, diferente a ellos nosotros tenemos que preparar nuestras estrategias y nuestras tácticas para tratar de sustituirlo. Pero veamos brevemente, --y aquí voy a ser muy breve y muy sutil--, cuáles son las estrategias y tácticas del régimen actual para mantenerse en el poder indefinidamente:

Presentarse como una revolución necesaria y salvadora para una nación decadente. Para ello no trepida en falsear nuestra historia contemporánea. Invirtiendo las razones que originaron la crisis democrática le echa la culpa a los partidos políticos en circunstancias que los partidos políticos estaban debilitados por las causales que acabo de anunciar; le echa la culpa al Congreso en circunstancias que el Congreso estaba debilitado porque las interpretaciones constitucionales favorecieron más la influencia del Ejecutivo que la influencia del Parlamento; le echa la culpa a los políticos y a la tradición política de este país, en circunstancias que dado el período azaroso internacional que les tocó atravesar, eso no era tan efectivo como el Gobierno dice; le echa la culpa a las ideologías y, sin embargo, toda su concepción obedece a una ideología; invoca a la juventud en una pretensión de saltarse una o más generaciones de políticos, así como Franco quería saltarse una generación de reyes.

Pinochet quiere saltarse una o más generaciones de políticos con una finalidad muy clara, espera así romper todo nexo con elementos que fueran otrora dialogantes y que ahora pudieran intentar una reconciliación general entre los diversos grupos de opinión. Evidentemente los viejos políticos éramos en

otro tiempo buenos amigos entre todos nosotros y en ese talante y en ese predicamento, naturalmente tenemos una aptitud cierta para restablecer un diálogo: por eso es que Pinochet incita a la juventud a atacarnos constantemente como elementos absoletos, porque sabe que rechazándonos y aislándonos le hace perder posibilidades al diálogo y ataca y menosprecia la tradición política chilena del último siglo como un proceso fracasado en orden a convertirnos en una gran nación. Esas son las líneas maestras de la estrategia de Pinochet, la estrategia dialéctica frente a nosotros. Y trata de dividir a la disidencia por medio de dos procedimientos:

Primero, por un método diferenciado de represión. A unos los persigue corporalmente: el destierro, el desaparecimiento, la cárcel, las torturas. A otros, en cambio, no los persigue en este terreno, los persigue en el terreno económico y tributario: las inspecciones de Impuestos Internos abusivas y repetidas, el negar los créditos ó las prórrogas, el privilegio que significa en algunos; y a otros, por último, los persigue publicitariamente, estableciendo un silencio de la prensa, sepulcral, frente a todas las actitudes de determinado grupo, que es lo que le pasó, por ejemplo, a la comisión de los ocho, la otra comisión constitucional, en el caso de don Hugo Zepeda que ni en víspera del plebiscito le publicaron jamás una declaración.

Y el segundo método táctico que tiene el Gobierno es revivir las antiguas querellas que dividieron a los opositores en el pasado, como la proscripción del comunismo, como la defensa maximalista del derecho de propiedad y como la dicotomía de la conflagración mundial, diciendo que Chile tiene que estar a disposición de Estados Unidos y de las naciones occidentales en el conflicto que es ineludible. El almirante Merino ha hecho algunas declaraciones en este sentido. Frente a esto vienen las perspectivas de la democratización. ¿Qué puede hacer la oposición?

Nuestras perspectivas dependen de dos factores principales. Primero, capacidad de la disidencia de llegar a la unidad; para ello es preciso privilegiar el retorno a la Democracia por sobre cualquier consideración de tipo doctrinario o político y abarcar en este propósito a todos los grupos sociales y políticos, de todas las clases y todas las tendencias e incluyendo a elementos castrenses cuyo cambio de actitud pueda significar el abandono definitivo de las estructuras del sistema y la apertura de un proceso leal de transición a la democracia. Para ello los sectores de una oposición unida deben demostrar ante la opinión pública, que han asimilado las lecciones del pasado y que propician, en consecuencia, una institucionalidad moderna y renovada, que pueda interpretar la voluntad del pueblo en su plenitud haciendo operantes y dinámicos sus propósitos y garantizando para siempre el respeto de los derechos humanos. No nos dejemos arrinconar nosotros en la posición conservadora en este conflicto. Que no se diga que nosotros queremos nostálgicamente mantener el statu quo que existía antes de 1973.

Nosotros pensamos también que la democracia chilena necesitaba un ajuste substancial y que no estaba funcionando bien a la sazón. Encuadrando todo esto dentro del espíritu de nuestra nacionalidad y de reconocimiento de los grandes valores del pasado, Chile tiene una identidad histórica única e indelible de país abierto y democrático propicio a una sociedad pluralista alejada de aquellos prejuicios ancestrales que pudieron dividirla irremisiblemente.

Eso es todo lo que tenía que decir.

SEMINARIO "EL LIMITE DE LAS DIFERENCIAS"

(Comentario de Alejandro Foxley a la exposición de Julio Subercaseaux)

A. Foxley: - La verdad es que la exposición de Julio Subercaseaux me ha parecido muy interesante, y yo más que referirme a lo que él ha expresado en esta ocasión, quisiera llevar la discusión tal vez un paso adelante con el objeto de ir acercándonos al tema central de este Seminario que es el tema del Límite de las Diferencias. Y, entonces, tal vez una primera pregunta pudiera ser, plantearse cuáles serían los elementos objetivos de convergencia hoy día, para avanzar en este proceso de concertación política y también de concertación social para recuperar la democracia en Chile. Sin duda que el primero de estos elementos de convergencia lo constituye el jefe del Estado y particularmente las notificaciones recientes en las cuales él tajantemente ha definido la naturaleza del conflicto futuro al establecer exactamente la idea de una permanencia indefinida en el poder, como recién lo decía Julio Subercaseaux. Yo creo que ese, obviamente, es un primer elemento de convergencia, pero sin duda que hay otros.

Los otros elementos, el segundo diría yo, es la constatación generalizada hoy día en Chile, de la profundidad de la crisis que el país vive, crisis que tiene una expresión preponderante en el aspecto económico. Y esta crisis económica, que algunos han querido plantear como una situación de cierta manera transmitida desde el exterior y de naturaleza básicamente coyuntural, yo creo que en verdad, si uno escarba en el fondo de ella, encuentra en sus raíces factores fundamentales, estructurales, de enfoque y de modo de funcionamiento de la economía, pero -lo que es más grave y más importante desde el punto de vista de los temas de este Seminario-, esta crisis económica tiene como una de sus características el que se proyecta a sí

misma al futuro, en un horizonte de tiempo que no es nada tran-  
sitorio, que no es ni un corto plazo, tampoco es un mediano  
plazo.

Yo quisiera argumentar aquí: la crisis económica se proyecta en un horizonte de tiempo sumamente largo a futuro, por lo menos de una década y, probablemente, más cercano a dos décadas. Las manifestaciones de la profundidad de esta crisis y del terreno que hay que recuperar, yo creo que son bastante claras y las voy a señalar muy suscintamente.

Lo primero, desde luego, es el proceso de destrucción productiva que ha ocurrido durante estos 11 años, que sig-  
nifica que hoy día el producto por persona del país ha retroce-  
dido exactamente 18 años: estamos al nivel de lo que este país estaba el año 66. Recuperar eso plantea, por lo tanto, un pro-  
ceso largo, prolongado, que no se va a resolver después de unos 2 o 3 años de una buena política económica, sino a través de un esfuerzo enorme, creo yo, de toda la comunidad nacional durante un período de tiempo muy largo.

La situación, ahora ya más conocida, de la deuda externa plantea un cuadro similar. Se han hecho algunas estimaciones de las implicancias de la deuda externa a futuro y las cifras son bastante elocuentes; en condiciones relativamente optimistas esa deuda será 35 mil millones de dólares al año 90; su pago hasta ese año representaría destinar el total del valor de las exportaciones a servirla y, lo que es más serio, -aún si se consiguiera renegociar las amortizaciones y lanzarlas hacia adelante, "chutearlas" hacia adelante como se dice vulgarmente, hasta el año 90 y se renegociara parte de los intereses-, este país estaría por 15 años después del año 90 pagando con una pro-  
porción significativa de sus exportaciones esa deuda externa. O sea la crisis no es transitoria, la crisis se proyecta a futu-  
ro.

Para qué mencionar el problema derivado del anterior y derivado también del carácter consumista del modelo, de



la necesidad de incrementar la capacidad de capitalización interna de este país. Se ha dicho y yo creo que es bueno reforzarlo, que el horizonte que se nos plantea hacia adelante, es un horizonte que este país tendrá en los próximos 10 a 15 años. Tendrá que vivir con lo propio. Tendrá que vivir con los recursos que sea capaz de generar internamente. Y si uno estima lo que eso significa en términos de esfuerzo adicional, además en un país que se encuentra con sus niveles de consumo terriblemente deteriorados, y que se encuentra con los niveles de desocupación que hoy día tiene, nosotros tendremos que generar durante los próximos 10 o 15 años del orden de unos 1500 millones de dólares adicionales, al año, en ahorro interno. Esa es una crisis que se proyecta hacia adelante.

Tomemos el tema del empleo. Sacando cuentas alegres el Ministro Collados ha planteado un plan trienal que en verdad no es más que un plan de papel, donde dice que el objetivo del plan es reducir un desempleo hipotético del 12% a fin de año, a un 9% al año 86. La verdad es que estas cifras mueven a risa, entre otras cosas, porque un par de días después, el Ministro de Hacienda lo rectificó y le dice que el desempleo a fin de año no va a ser 12 sino 22%. Pero en todo caso, cualquiera sea la cifra, -ya va a estar por cierto de 22% para arriba-, si uno examina las posibilidades de esta economía funcionando en condiciones de un crecimiento relativamente normal y semejante al histórico, digamos a una tasa del orden del 5 ó 6% anual a futuro y después de un período de reactivación exitosa de un par de años, también hipotético, en ese cuadro el problema del desempleo se proyecta en Chile a un período de por lo menos 10 años, y más probablemente de 15 años, de un desempleo que está significativamente por encima de la tasa de desempleo histórica en este país.

Y si planteamos, por último, el problema hoy día -yo diría dramático y que refleja una situación verdaderamente límite-, la situación social, si hoy día observamos lo que ha

ocurrido en términos de deterioro de los niveles de consumo más elementales para sectores enormes de la población, que son los pobladores que están comiendo una vez al día, que no pagan las cuentas ni los dividendos, que son los desempleados de clase media, que es el 40% de los jóvenes en el país, -70% de los jóvenes en las poblaciones marginales-, si nosotros observamos esa realidad dolorosa, no podemos menos que concluir que aquí lo que está ocurriendo es la desintegración de un país, la desintegración de un tejido social que ni aunque dispongamos de esos 1500 millones de dólares de ahorro anual adicional al que hoy día se genera, durante los próximos 10 ó 15 años, ni aunque dispongamos de esos recursos, el proceso de reintegración a la vida normal de una comunidad nacional de estas grandes masas de la población que hoy día están siendo como expulsadas cada vez a una marginalidad mayor; ese es un proceso que va a tomar muy largo, que va a ser muy difícil, que va a ser muy doloroso y tal vez muy conflictivo. Lo que quiero señalar, entonces, es que la proyección de esta crisis a un período de por lo menos una década y probablemente más allá de una década, plantea el problema de la precariedad de la reconstrucción democrática, de la amenaza siempre latente una vez iniciada esa reconstrucción democrática de la regresión autoritaria y la idea fundamental de que este país durante un largo tiempo va a vivir, yo creo, en una situación de verdadera emergencia que va a obligar a apelar a las fuerzas de buena voluntad y de concertación que aun yo creo el país tiene en reserva, pero que realmente no utilizó en las últimas dos décadas empleando frecuentemente la confrontación y no la cooperación como motor dinámico del funcionamiento, al menos, del sistema político. Ahí hay, yo creo, un elemento de convergencia fundamental que sería el tomar conciencia de esta crisis económica y de que esta crisis económica es un fenómeno que está aquí y que va a estar presente por mucho tiempo y que entraña simultáneamente la dificultad de la reconstrucción democrática dada la envergadura

de esos problemas.

Y creo que un tercer factor de convergencia es que en fin de cuentas todos hemos aprendido algunas lecciones durante este período. Yo creo que hay elementos como, por ejemplo, el estar hoy día muchos chilenos de acuerdo en que no queremos más, sentir sobre nuestros hombros el poder arbitrario del Estado y que, entendemos, que paradójicamente, desde el punto de vista de la reconstrucción económica requeriremos un Estado que intervenga en los puntos neurálgicos de la economía, que oriente los recursos productivos, que regule la actividad económica, -sobre todo la financiera-, y que eleve los niveles de ingreso y productividad de los sectores más pobres.

Necesitamos esa intervención del Estado, pero no queremos esa presencia omnipresente del Estado que termine aplastando a los individuos y haciendo de la arbitrariedad la regla normal de organización del sistema político y del sistema social. Hay, yo creo, una demanda profunda de autonomía respecto del Estado, -de espacios de libertad, de autonomía en las organizaciones sociales-; respecto del Estado hay una demanda de descentralización, hay una demanda de consagración de los derechos fundamentales de las personas o de los individuos, y hay una demanda de una calidad de vida para la gente que no está necesariamente relacionada con la maximización de los consumos individuales sino más bien con la posibilidad real de una vida digna de niveles mínimos, de respeto entre las personas y de desarrollo de una vida en condiciones de dignidad.

Entonces, si hay estos factores de convergencia, si estas coincidencias son objetivamente tan altas, ¿cuál es el problema? Yo no pretendo aquí decir ninguna cosa novedosa, sino simplemente, como decía, avanzar un par de pasos para llevar la discusión, desde el planteamiento muy interesante de Julio Subercaseaux, hacia los temas más propiamente deseados de discutir en esta reunión. Si hay esa postura de convergencia, entonces

ces se plantea el problema de los acuerdos, el problema de los pactos. Hoy día leíamos una declaración interesante, yo creo, del Bloque Socialista donde se planteaba nuevamente la idea del pacto constitucional. Yo pienso que efectivamente ese es el punto de partida adecuado para enfrentar el problema de reemplazo y transición desde este régimen autoritario hacia la Democracia. Conuerdo también con lo que se señalaba en esa declaración de Ricardo Núñez de que el problema del Pacto Constitucional es definir la cuestión en varias dimensiones simultáneamente. La primera es la cuestión de las reglas del juego democrático en el sistema democrático futuro. La segunda es la consagración de los derechos fundamentales que van a ser garantizados por el Estado y respetados bajo cualquier circunstancia a futuro; y la tercer, yo creo, que es una cuestión fundamental: si la preocupación por la estabilización de la democracia está en el primer plano de nuestra atención, es necesaria la superación de las amenazas recíprocas de aniquilación de grupos sociales o políticos de unos por otros, cuestión que pasa en la coyuntura histórica, concreta del Chile de los años 80, yo creo que originada por el tema, entre otros, por un lado de los derechos y de la recuperación de los derechos perdidos y por otro lado por el tema de la propiedad.

Yo creo que nosotros si queremos avanzar significativamente en la cuestión del Pacto Constitucional entendido como un pacto tan amplio como sea posible y necesario entre quienes estén dispuestos a una reconstrucción democrática en Chile, creo, repito, que nosotros tenemos que expresar esa cuestión en términos, por un lado, de que no toleraremos a futuro las concentraciones abusivas de la propiedad que han sido tan frecuentes en este período, pero que al mismo tiempo estaremos dispuestos, como se planteaba, por lo demás, hoy día en esas declaraciones a que hago referencia, a garantizar en términos claros una especie de estatuto de la propiedad que signifique terminar

con esa amenaza central para algunos sectores en la sociedad chilena y permita realmente definir una convivencia democrática que considere la necesidad de espacios legítimos para los distintos sectores que existen en nuestro país.

Pero, naturalmente empiezan a surgir una serie de problemas. Yo no puedo hoy día referirme a todos ellos y voy a tomar solamente uno de esos problemas y este se refiere a la cuestión de qué pasa después del Pacto Constitucional. Ya algunos hemos planteado la idea de que después del Pacto Constitucional viene un Pacto de Gobierno en el cual participan todas las fuerzas políticas democráticas que sean capaces de concertar un programa común, -algunos han llamado a esto "el bloque por los cambios"-, un programa común de estabilización de la democracia, de profundización de la democracia y de avance en el sentido de superar los problemas económicos y de mover esta sociedad chilena de los años 80 a un país que exhiba menos desigualdades y que sea capaz de reincorporar a los sectores excluidos a la vida económica, social y política. Pero aquí es donde se plantean dos alternativas. Porque hay algunos que prefieren decir "después del pacto constitucional viene la libre competencia entre los partidos". Y aquí es curioso el paralelo con la filosofía económica: tal vez estirando un poco la comparación, si Uds. me permiten, quienes creen en la libre competencia económica plantean de que a través de esta libre competencia de las fuerzas en el mercado, de alguna manera la economía y detrás de la economía la sociedad entera se aproximaría a un cierto óptimo social, a un cierto equilibrio bueno para todos y que llevaría a un estado superior de desarrollo al país. Hay un cierto paralelismo que no quiero exagerar entre esa argumentación y la argumentación de la libre competencia política, porque la verdad es que detrás de este modelo político, se supone que disputando abiertamente el favor del electorado las distintas fuerzas políticas darán expresión a todas las variedades de pensa-

miento que existan en un país y que en este choque conflictivo entre distintos puntos de vista de alguna manera se llegará al final a un cierto equilibrio social y a un equilibrio político superior al estadio anterior en el cual esta libre expresión competitiva no existía.

Ese es un modelo. Y, por cierto, hay gente que dice vamos a este modelo, pero establezcamos algunos límites para que no haya una oposición excesiva que dé vuelta el bote en el medio de la tormenta.

El otro modelo, que es el que algunos hemos planteado, es un modelo que enfatiza la idea de la concertación como cuestión fundamental y que plantea, al mismo tiempo, que dentro de ese elemento de concertación en lo central es posible asegurar factores de competitividad interna en ese bloque por los cambios o en ese pacto de gobierno, tal como se ha señalado anteriormente.

Y si Uds. me permiten, en 3 ó 4 minutos talvez, señalar algunos elementos que pretendo sean lo más provocativos posible para la discusión, que permitan, a mi juicio, plantear cuáles son los puntos de diferencia por lo menos desde mi punto de vista.

Tomemos el modelo de la libre competencia política, aún aceptando la idea de algunos límites en esa competencia. Bueno, lo que yo plantearía como hipótesis aquí, es que ese modelo, porque se construye sobre la base de una sociedad profundamente fragmentada y dividida, que ha pasado por un largo período traumático como pocos países en la historia contemporánea lo han tenido, porque, además, ese sistema de competencia política se construye sobre la base de ciertos hábitos de la vida política chilena en que la competitividad se convirtió en un antagonismo destructivo, -en una hipótesis que no necesito desarrollar porque ha estado planteada en numerosas instancias y escritos-, porque se construye sobre la base de esa tradición

yo diría destructiva, entre las distintas fuerzas políticas, yo creo que el escenario probable es que si se abre el cauce a este modelo de coexistencia política, los partidos van rápidamente a ser impulsados a que a pesar de existir los factores de convergencia objetivos que yo señalaba al comienzo, van a entrar en un proceso de diferenciación artificial de sus planteamientos. Y hay un politólogo muy respetado que ha planteado precisamente este argumento, -Angel Flisfich-, cuando señala que la confrontación creciente del pasado tuvo mucho que ver con la idea de que unos partidos sentían que otros partidos les habían quitado las banderas y, por lo tanto, estas fuerzas tenían que ir entonces ó más a la izquierda ó más a la derecha para diferenciar su producto en este libre mercado de la voluntad política y así lograr conquistar el mayor número de votos dentro de ese mercado político. Entonces, diferenciación artificial y, por lo tanto, polarización de nuevo en la lucha política.

Segundo, reproducción del esquema de las tres bandadas y consecuentemente con eso una alta probabilidad de la resurrección del fenómeno, -también muy negativo, creo yo, en la historia política reciente de Chile-, de la sucesión de un conjunto de gobiernos de minoría que por ser de minoría no pueden avanzar, que por ser de minoría terminan neutralizados por las otras fuerzas políticas, repercutiendo esto en el plano económico en que la economía exhibe un escaso dinamismo.

Cada gobierno de minoría plantea de nuevo, dentro del esquema de la libre competencia, un modelo económico alternativo que se va rotando con los modelos anteriores y que al establecerse este principio de rotación ocurren algunas cuestiones fundamentales. En una economía con rotación tan extrema, en los modelos económicos, no puede haber una tasa de acumulación aceptable. Ese tipo de esquema político, lleva una solución económica que impide a una economía crecer, que en segundo lugar genera una incertidumbre fundamental en el sistema que

impide al mismo tiempo estabilizar los comportamientos y hace que los avances económicos conseguidos a veces en periodos muy cortos terminan haciéndose reversibles al poco tiempo. O sea, yo creo que si alguna lección podemos sacar en este sentido del pasado es de que en Chile nada es irreversible.

Y, por último, en este modelo competitivo, yo creo, se produce un fenómeno que me parece es muy disfuncional a la reconstrucción de una democracia profundizada en Chile en el futuro. Y esto es, de que en la libre competencia entre los partidos, los partidos terminan manipulando a las organizaciones sociales cualquiera que ellas sean a todos los niveles de la sociedad, politizando a la sociedad en todos los niveles propios, llamemos, de la sociedad civil, y, por lo tanto, haciendo imposible al final que un Estado, -el Estado democrático-, haga lo que debe hacer que es dar más autonomía a las organizaciones sociales y más participación a las organizaciones sociales. Porque si ese Estado dá esa autonomía y dá esa participación en condiciones de politización antagonista, esa participación y esa autonomía se convierten al final en simples elementos amplificadores del conflicto político central en la sociedad con lo cual es imposible todo acuerdo y todo avance en un esquema de profundización democrática.

Es por eso, y no tengo tiempo -excepto un minuto para terminar- que yo creo que la línea gruesa de lo que hay que privilegiar como modelo político en un periodo -y este es el punto central-, en un periodo que no es corto, en un periodo que es largo por las razones que he dado anteriormente, por las necesidades objetivas de la reconstrucción de la economía del país, del tejido social del país, de integrar a estos dos países quebrados que hoy día existen, nuevamente en un sólo país, es que yo creo que hay que hacer una concertación que es una concertación larga, porque si la Democracia es -como lo dijo un politólogo- la institucionalización de la incertidumbre, lo que



nosotros tenemos que hacer es que esa incertidumbre esté acotada por los términos de un Pacto de Gobierno que permita a los distintos actores políticos, económicos y sociales entender cuáles son los límites y cuáles son las posibilidades de avance y profundización necesarios para que el proceso de reconstrucción tenga permanencia más allá de la euforia que se produce en el momento del cambio del régimen.

Y ahí es donde se plantea entonces la idea de un Pacto de Gobierno para resolver la emergencia de la reconstrucción, para reconstituir una sociedad nacional y para integrar a los sectores excluidos.

En ese Pacto de Gobierno -y aquí sí termino- yo creo que es posible plantearse, al interior, elementos de diferenciación entre los que forman o constituyen esa alianza, de diferenciación programática que pueda ser disputada electoralmente con una cierta periodicidad, como ocurre por ejemplo o como ocurrió históricamente en el caso de algunos países en la Post Guerra, en Europa; y tengo el caso de Austria en particular, en mente, en que la coalición consistía en un acuerdo programático, en una definición de los límites, pero también en la posibilidad de disputar al interior de la coalición, como quien dice, la hegemonía en la coalición, y de orientar ese programa en un sentido más de acuerdo con los planteamientos de cada uno de esos grupos. Es posible entonces pensar en esquemas de ese tipo y en esquemas también -y vuelvo al caso europeo- en los cuales estas coaliciones o pactos dan la posibilidad, por ejemplo, de una sobrerrepresentación de las minorías con el objeto precisamente de establecer un incentivo para que las minorías permanezcan dentro de ese pacto y enfrenten adecuadamente su situación política en un plazo que va más allá de ese corto plazo.

Lo que he querido, en resumen, señalar es de que a mi juicio el problema de la reconstrucción de este país es un

problema que tiene una profundidad, una envergadura y una permanencia en el tiempo que obliga a pensar en que aquí no hay una disociación entre una salida más o menos alegre de las condiciones actuales en que todos sumamos nuestras fuerzas, sino de que es necesario plantearse el problema mucho más serio y profundo de encontrar una fórmula estable y permanente que permita asegurar un avance también estable, permanente y sistemático hacia una sociedad más justa y hacia una economía más dinámica en Chile en el futuro.

SEMINARIO "EL LIMITE DE LAS DIFERENCIAS"

(Comentario de Luis Maira a la exposición de  
Julio Subercaseaux)

Esta jornada, esta reunión a que ha convocado el comité organizador, puede constituirse en una jornada histórica en nuestro país, por la amplitud de los sectores que están aquí representados; porque si pensamos un minuto, esta reunión no habría sido posible en 1972 en medio de las dificultades y desacuerdos que planteaba el avance en el Gobierno del Presidente Salvador Allende y la interpretación diferenciada que su gestión ocasionaba para muchos de los que aquí estamos, y tampoco habría sido posible probablemente en 1976 o en 1980. Si hoy es posible, es porque vivimos una nueva coyuntura y porque más allá del desacuerdo, convocados por la patriótica inquietud de poder poner límites a nuestras diferencias para hacer viable un proceso democrático, enfatizamos y colocamos por delante la necesidad de buscar el retorno a la democracia en forma realista. Y yo formulo la esperanza de que ojalá éste no sea sólo un encuentro fugaz; es difícil haber llegado a esta convocatoria, pero ello debe ser el punto de partida, me parece, de formas de diálogo y a lo mejor de concertación, más fecundas y más estables, porque de esa manera estaríamos prestando no sólo el servicio de nuestra reafirmación en la fé democrática común, sino probablemente la contribución adicional de abrir caminos y señalar un itinerario que nos aproxime en el tiempo a la obtención del restablecimiento democrático en Chile.

Hecha esta introducción, expresada esta constancia, yo quisiera señalar que mi comentario pretende tener una óptica complementaria a la exposición de Julio Subercaseaux y que también quisiera apuntar en un ángulo distinto y complementario de las observaciones centrales de Alejandro Foxley; compar

to lo esencial del planteamiento de ambos y me permitiré en los puntos precisos en que tenga desacuerdos, subrayarlos, pero a mí me interesaría reflexionar a la luz de otras experiencias autoritarias contemporáneas en este esfuerzo de caracterización del régimen dictatorial chileno y de sus perspectivas inmediatas.

En la teoría política, desde que el año 1954 el cientista político suizo-alemán Franz Neumann escribiera un trabajo que llegó a ser clásico y que era muy breve, -las notas para una teoría para la dictadura-, ha habido un largo esfuerzo de reflexión en torno a los modelos autoritarios y al estado de excepción; los latinoamericanos nos hemos aproximado, además, creativamente frente a estas contribuciones de la teoría política europea, y yo diría que en los últimos 10 años con trabajos que han sido muy creativos y que han apuntado a los estudios de las experiencias de Brasil, de Bolivia, de Argentina, de Uruguay, de Chile, también de las centroamericanas, hemos ido avanzando a lo que pudiera denominarse una teoría regional del estado de excepción. Y la afirmación fundamental a la cual hemos llegado y en la cual hay un cierto consenso hoy día, en que el tipo de dictaduras o prototipos autoritarios que han surgido en Europa no son necesariamente idénticos a aquellos que en función de un desarrollo social y económico distinto se han dado en América Latina y que mientras en Europa, por ejemplo, los paradigmas fundamentales son el fascismo, el bonapartismo, las llamadas dictaduras de notables, en América Latina tenemos otras variables de experiencias dictatoriales y autoritarias, que resumiendo, se podrían agrupar en dos grandes modelos: la dictadura militar tradicional y la dictadura militar con ideología de seguridad nacional que corresponde al período más reciente. La dictadura militar tradicional aparecería hoy día casi como un resabio histórico si Stroessner no hubiera cumplido 30 años de ejercicio del poder dictatorial en Paraguay, entroncado como está con este tipo

de dictador clásico que han caracterizado mejor nuestros gran des literatos que nuestros cientistas políticos, porque, -des de "Yo el Supremo" de Roa Bastos a los trabajos de Carpentier y a "El Señor Presidente" de Asturias y al trabajo de García Márquez "El Otoño del Patriarca"-, dista un poco de los proto tipos de este dictador tradicional que ya es una especie en extinción en América Latina.

Si dejamos de lado este tipo de dictaduras, el modelo fundamental que se ha dado en nuestro Continente en los últimos 15 ó 20 años corresponde justamente a este experimento que combina muchas vertientes ideológicas: la posición estratégica norteamericana, la doctrina de seguridad nacional, visiones geopolíticas de origen alemán, concepciones del pensamiento nacional sindicalista y el franquismo español, visiones religiosas integristas, en fin, una mezcla de distintas fuentes ideológicas que originan un cierto prototipo característico cuyo punto de partida es el modelo brasileño de 1964, que tiene desarrollo en la década del 60 y 70, especialmente en América del Sur. Yo recuerdo que cuando algunos estudiaban o intentaban caracterizar en sus fases iniciales el régimen surgido del pronunciamiento militar de Septiembre de 1973 y ya apuntaban a caracterizarlo como una dictadura destinada a perpetuarse en el tiempo, la matriz fundamental que se utilizaba para caracterizar este modelo era justamente aproximar lo, emparentarlo, vincularlo, con este tipo de dictadura militar con ideología de seguridad nacional, derivada del modelo brasileño iniciado el año 64.

Yo creo que si alguna lección la vida nos entrega hoy día, si alguna conclusión práctica podemos hacer después de 11 años concretos de ejercicio del poder por el régimen que hoy lo detenta, esa conclusión es que así como Julio Subercaseaux nos decía que el régimen de Pinochet es atípico en la historia de Chile, uno pudiera señalar complementariamente

que, además, es atípico en relación a otras dictaduras militares modernas que se han expresado en los años recientes en nuestro Continente y, en particular, en la parte Sur de América Latina. ¿Por qué es atípico? Es atípico, porque fundamentalmente la concepción del ejercicio del poder de los regímenes autoritarios emanados del modelo brasileño apuntaba a un ejercicio institucional de la autoridad política por parte de la cúpula de las fuerzas armadas a través de sus mandos regulares y con procesos periódicos de renovación del poder. Es eso lo que explica el fenómeno que aquí apuntaba Julio Subercaseaux: de Castelo Branco pasamos a da Costa e Silva, de da Costa e Silva a Garrastazú Medici, de Garrastazú a Geisel y de Geisel a Figueiredo, porque el propio sistema consagra desde el comienzo un ejercicio periódico del poder y reserva al cuerpo superior del mando militar, a la cúpula de las fuerzas armadas, la tarea de seleccionar luego, con la participación censuradora del Parlamento, la autoridad que va a reemplazar al titular del Poder Ejecutivo. Lo propio ocurre en cualquiera de las experiencias argentinas con excepción de un breve período inicial de la dictadura de Onganía, el 66, en que estaba excluida la idea del plazo y se levantaba la famosa fórmula, también vigente en Chile, de que este Gobierno no tiene plazos, sino objetivos. Esta fórmula es la menos democrática imaginable para concebir el ejercicio del poder político porque lo aproximaría mucho a la vieja afirmación de Lord Adkum cuando decía que "Si el poder político corrompe, el poder político absoluto, necesariamente, acaba corrompiendo en forma absoluta", de tal manera que, en el modelo argentino, en la experiencia de los militares uruguayos, en lo que fué la experiencia distinta, de otro signo, de los regímenes militares peruanos inaugurados el 68 con Velasco Alvarado, encontramos en todos, una lógica de transferencia del poder y de distribución del poder que es distinta de aquella que caracteriza a un

régimen que teniendo los fundamentos de la seguridad nacional avanza, sin embargo, rápidamente a un grado significativo y en último término definitivo de personalización.

Entonces, las leyes por las cuales se rige el modelo autoritario chileno son leyes que no pueden ser asimiladas, diría yo, a aquellas leyes que rigen el comportamiento o regulan el funcionamiento del resto de los modelos políticos autoritarios de la parte Sur del Continente. Y, por desgracia para quienes luchan por la democracia, exactamente en este país las condiciones de funcionamiento del poder político personal combinado con la naturaleza militar original del régimen, establecen condiciones extremadamente difíciles para la permeabilidad de la opinión, aún mayoritaria, de los sectores civiles de la sociedad, y es exactamente el problema que se plantea de un modo más abierto desde que el conjunto de la sociedad civil chilena toma posiciones más activas, momento que podríamos radicar más que simbólicamente en el inicio de las protestas en Mayo de 1983. Yo creo, por tanto, que es necesario asumir para planear el fin de un régimen autoritario de esta naturaleza, los costos más altos y los mecanismos más difíciles que plantea a los sectores civiles el poner fin a un entrecruzamiento de la lógica de la seguridad nacional con la lógica del poder político personalizado en forma total y absoluta.

Caracterizaría, recogiendo algún ejercicio que hemos hecho en algún otro lugar en que hemos tenido oportunidad de dialogar el tema, la condición en que se coloca el régimen de Pinochet, especialmente en los dos últimos años, de acuerdo a lo que la teoría política denomina dictadura sin hegemonía, es decir, una dictadura que no es capaz ya, de contar con el consenso, con el apoyo de una mayoría potencial de la sociedad y que se resigna por un período más o menos largo ó indefinido a ejercer más la coacción que a ejercitar el consenso y que

renuncia por tanto a las formas de institucionalización abierta que en un cierto momento de su desarrollo pudieron haber constituido una tentación ó una posibilidad respecto a las formas de evolución del régimen mismo.

Mi impresión, es que, en el curso de los últimos meses, la posición relativamente permanente de minoría social en que se va colocando el régimen, la ausencia de un apoyo estable y el debilitamiento de los sectores que están dispuestos a prestarle en este nuevo diseño una colaboración para su supervivencia, va determinando un conjunto de factores que caracterizan la coyuntura más reciente y que sirven de marco o de referente ó de telón de fondo a lo que podría ser la lucha de los sectores democráticos para plantearse la tarea de avanzar hacia la democratización.

¿Cuáles son esos rasgos del período que se inicia a contar de las protestas de Mayo del 83?. Lo primero, yo diría, es que aparece claramente una mayoría social relativamente estable que se expresa activamente en contra del régimen, que tiene una voluntad democrática común, aunque difusa, y que reclama progresiva, pero nítidamente, el término del experimento autoritario. Con esto se pone fin al receso político que el régimen había logrado mantener eficazmente en los 10 primeros años, y se abre un caudal de repolitización en la sociedad chilena que resulta hoy día simplemente incontenible aún cuando se le intente constreñir ó dificultar por medio de leyes políticas que regulen negativamente o constrictivamente el proceso de apertura política.

En el proceso de constitución de esta mayoría social estable que reclama la democracia aunque con distintas plataformas y proyectos, se evidencia un fracaso en la dimensión o perspectiva más estratégica del régimen iniciado el año 73, en la medida que algunas condiciones excluyentes de democracia restringida que el círculo más íntimo de sus partidarios fueron



imponiendo en el seno del bloque que acompañó al actual conductor autoritario van siendo inviabilizadas de un modo permanente, precisamente por la reorganización y la manifestación de tipo democrático de la mayoría de los sectores políticos del país.

Sin embargo, este proceso de constitución de una mayoría social democrática, estable, que es capaz de contarse en las protestas y de identificarse como tal, encuentra tres obstáculos fundamentales en el curso de los últimos meses, que desdibujan su capacidad de éxito en el avance a un proceso de apertura o transición democrática. El primero, diría yo, son las dificultades que coloca la propia crisis económica y social, tan profunda, a la que aquí ha aludido Alejandro Foxley. Porque la crisis económica y social tiene dimensiones tan diversificadas y tan complejas, afecta en sus ramificaciones de tal modo a un número tan amplio de sectores sociales, de sectores del empresariado y de los sectores que tienen hoy día acceso a las posiciones de trabajo, que le ofrecen al régimen posibilidades de cooptación y de división de los sectores sociales que inicialmente hacen el reclamo democrático en la medida que abre oportunidades de negociación corporativa con ciertos sectores a cambio de que éstos se resten al proceso de movilización social y de la demanda democrática.

Y de hecho verificamos en el último tiempo que esto ocurre de esta manera y, aunque temporal, este fenómeno es un fenómeno importante para reducir la calidad de las demandas democráticas en el país. En segundo lugar, es evidente que hay un período en el cual las demandas democráticas actúan en un escenario vacío, pero hay también un momento en que al interior del propio régimen empieza a surgir un contraproyecto para apuntar a fórmulas de democratización restringida ó a la expectativa de democratización gradual que también introducen un factor de división, -bien lo señalaba Julio Subercaseaux-, entre todos

aquellos que levantan el objetivo democrático. Entonces se plantea ahí una segunda barrera que coloca el razonamiento más o menos en los términos de decir "seamos realistas -por parte de algunos- busquemos lo que es posible en el período inmediato, reconozcamos el marco institucional y trabajemos dentro de él", mientras otros sectores que comparten el objetivo democrático rechazan ese horizonte y asumen objetivos mayores que son incompatibles en el corto plazo con las plataformas de negociación más real; y ese es un obstáculo que también incide, yo diría, en la calidad y la consistencia de la prosecución de los objetivos de la marcha de los sectores democráticos. Y el tercero -digámoslo autocriticamente- es la propia incapacidad de concertación de los sectores que tienen en común el denominador del objetivo democrático. Y por razones que son válidas, que son legítimas, que tienen grandeza, yo diría, en términos del proyecto nacional que se levanta, puede haber también factores subalternos o mezquinos.

Lo concreto es que en el curso de un año, desde la manifestación de la oposición como mayoría social estable, hasta hoy, no avanzamos a formas eficaces de concertación planteando divergencias en torno a quiénes deben ser actores legítimos del nuevo sistema político, qué estabilidad o plazos deben tener los regímenes de transición y en qué forma deben competir las fuerzas y cuáles debe ser sus formas de lucha, y eso plantea una tercera dificultad ó restricción para llegar a formas de consenso democrático. Un elemento adicional y francamente crucial es el fenómeno de cómo incide el carácter de dictadura sin hegemonía y de dictadura personalizada, los dos rasgos que he intentado privilegiar en la caracterización sobre las propias fuerzas armadas.

Y sobre todo, una pregunta que es más un interrogante que un punto en el cual podamos dar una respuesta asertiva, pero creo debiera estar en el centro de nuestra discusión.

¿Cuál es el carácter realmente profesional de las fuerzas armadas después de once años de ejercicio del poder personal del general Pinochet? ¿Estamos más cerca del llamado modelo pretoriano en que las fuerzas armadas han sido despojadas de autonomía, función profesional y continuidad en el cumplimiento de sus tareas, ó siguen siendo ellas un cierto reservorio, un depósito de profesionalismo que pueda actuar con cierta autonomía en un determinado momento respecto de los comportamientos del conductor autoritario?. En general, la mayoría de los sectores que buscan hoy día la apertura de espacios democráticos, razona y actúa más bien como si el primero fuera el supuesto correcto más que el segundo, y se imagina qué condiciones de unidad de la oposición y de expresión de las fuerzas sociales, o sea de movilización social, son las únicas que pueden incidir levantando el problema del costo de la subsistencia misma del régimen en el comportamiento y en la adhesión de la cúpula militar respecto del titular del poder político.

Y aquí algunas experiencias interesantes que convendría colocar en el centro de la discusión. Aunque son distintos los modelos y la lógica, yo creo que los episodios recientes de Brasil y la experiencia de los países centroamericanos deben ser tenidos en cuenta en nuestro análisis respecto al comportamiento futuro y al tipo de diálogo que los sectores de democráticos puedan plantear en relación a la cúpula militar.

En Brasil, estoy imaginando concretamente el llamado episodio Frota, es decir, la crisis militar de 1967 en que desacuerdos militares por cuestiones de línea política llegaron a un punto límite en que el propio Ministro de Guerra, el general Frota, intentó virtualmente, dentro del sistema, dar un golpe de estado que desconociera la legitimidad del resto del mando institucional y planteó un fenómeno de eventual división y polarización de las fuerzas armadas que fué, a mi juicio, determinante en las concesiones y la apertura del sistema

político brasilero. Porque hay un momento en el cual los militares brasileños asumen, después de este episodio, que el ejercicio indefinido del poder puede acabar con el monolitismo de las fuerzas armadas, con su unidad interna y que el costo de la mantención indefinida en el poder puede ser la pura subsistencia de la institución militar.

Un fenómeno distinto aunque igualmente interesante desde el punto de vista de su riqueza y dramatismo histórico es el de los países centroamericanos, especialmente la experiencia reciente de El Salvador, donde tentativas de apertura democrática son planteadas consistentemente desde fines de los años sesenta, encuentran un canal apropiado en 1972 con el triunfo de la Unión Nacional Opositora y originan un golpe de estado, dan una segunda clarinada en 1976 con un segundo triunfo electoral de la Unión Nacional Opositora y originan un segundo fraude electoral y un segundo golpe de estado; y el modelo, ahí, por la cerrazón de la cúpula militar, remata en la crisis de 1979 y en un proceso de guerra civil de un costo extremadamente alto que es el resultado de la incapacidad de hacer el cambio anticipatorio avanzando dramáticamente hacia un cambio catastrófico.

Entonces yo creo que un poco el problema de la lógica y la relación entre las dictaduras personalizadas y su cúpula militar, es un tema central en nuestra reflexión, porque el tipo de discurso que pueden dirigir los sectores democráticos y de acciones que pueden encarar los sectores democráticos respecto de este aval del poder autoritario es muy distinto según el tipo de conclusiones que saquemos respecto de las leyes que regulan la naturaleza del régimen autoritario en el caso chileno.

Quisiera cerrar -me indican que llevo ya más de 20 minutos-, me quedan unos cuantos y los quiero aprovechar para reflexionar en un punto que acá ha sido tocado por Julio y, sobretodo, por Alejandro y que es un poco el de la nueva coyuntu

ra. Creo que hay un punto de consenso entre todos los que es tamos en esta sala, y es que los hechos recientes, las declaraciones del general Pinochet a "La Segunda" y luego al "New York Times" han rebarajado el naipé en Chile en término a las expectativas de la transición o del cambio desde dentro del sistema y que estamos frente al fin de las expectativas de una democracia restringida pactada. Ese tipo de solución rea lista de costos más bajos, que algunos imaginaban como la óptima, cuando menos es una fórmula que no comparte el conductor autoritario que es quien concentra en este sistema casi la suma total del poder político. Si es así, y si, además, tenemos el riesgo de una entronización en el poder del propio general Pinochet más allá de 1989, -todas las declaraciones de las últimas tres semanas apuntan a la idea de una candidatura del general Pinochet para 1989-, podemos imaginarnos las condiciones de competitividad que tendríamos los sectores democráticos en 1989 enfrentando al general Pinochet como candidato lo cual le daría a su régimen la dimensión estratégica inicial planteada en la Constitución, que es 1997. Este esce nario nos coloca frente al problema de cómo imaginamos entonces la oposición nacional única -valga la redundancia- como única respuesta a un modelo autoritario que no concibe el acortamiento de sus propios plazos, sino que pretende prolongarse más allá de aquello que él mismo señaló como razonable hace apenas un año atrás.

En este sentido quisiera organizar mis últimas reflexiones; yo creo que en primer término aquí tenemos un problema de metodología que convendría asumir honestamente; la mayor parte de los desacuerdos que se plantean entre los sectores democráticos tienen que ver con un problema de organiza ción de las contradicciones o conflictos que puede suponer un proceso de democratización en Chile.

En mi opinión, los sectores democráticos deberán pasar por tres momentos, ya que al sostener cada uno exigen-

cias y sus necesidades distintas y plantear agrupaciones de fuerzas o correlaciones políticas inapropiadas en uno y otro, hace prácticamente imposible resolver esta carrera de obstáculos para llegar al objetivo democrático final.

¿Cuáles son en mi opinión estos tres momentos? Primero, el de la lucha para poner fin al régimen autoritario: las modalidades que asume, la forma en que se plantea la demanda institucional, la forma en que se dá la movilización social, el uso de la coerción y del consenso por parte de los sectores opositores que son mayoría para expresarse como tales, cómo se crean condiciones de ingobernabilidad para que el régimen sienta que su fin debe llegar antes del plazo, hoy día bastante indefinido, que él mismo se asigna. La tarea de la unidad de la civilidad tiene ahí una dimensión perfectamente precisa en lo que es la etapa de lucha por el fin del régimen autoritario.

Creo que luego hay un segundo momento, una segunda etapa, que es la etapa de la transición democrática, la etapa de la construcción de un sistema político estable en el cual hay tareas tan importantes como la redefinición de las reglas del juego político, de una nueva Constitución, probablemente a través de una asamblea constituyente y sobre todo el manejo del Gobierno de transición que tiene que ser concebido con un amplio respaldo nacional para que pueda hacer su tarea a la luz de los factores de crisis que el propio Alejandro Foxley nos narró.

Y un tercer momento es lo que ocurre después que construyamos o definamos las reglas de un sistema político estable; mi impresión es que podríamos tener un acuerdo y no sería difícil de suscribir ese acuerdo si concordáramos en la idea de que para poder avanzar al horizonte democrático es absolutamente esencial la unidad amplia de los sectores actuales de oposición al menos en los dos primeros momentos. No

hay fuerza social por parte de ningún sector, bajo ningún método de lucha, para poner fin, a mi juicio, al régimen autoritario sin una amplia concertación de fuerzas que incluya a todos los sectores que hoy día reclaman el retorno democrático.

De modo que la primera fase, la fase de lucha por el restablecimiento de la democracia y por el fin del modelo autoritario debiera caracterizarse por un frente muy amplio y extenso de los sectores opositores, y si ese supuesto existe me parece que no sería difícil, al menos no sería imposible, avanzar en los acuerdos concretos para hacer posible la constitución de ese frente. Y creo igualmente que más allá de quienes asuman las tareas del Gobierno, producida la apertura democrática, es igualmente necesaria la existencia de una concertación por parte de los más amplios sectores políticos para dar estabilidad y consistencia al régimen precario, débil, que surja del fin del autoritarismo y para crear condiciones democráticas al funcionamiento de una asamblea constituyente y a la redefinición de las reglas del juego político y del sistema económico, de la inserción internacional y de la participación de las fuerzas sociales en Chile. Creo que también es un momento en el cual la más amplia unidad nacional es necesaria.

El punto de desacuerdo yo creo, surge en relación al tema exacto que plantea Alejandro Foxley, pacto de Gobierno en términos indefinidos o por un período estratégicamente muy largo o competitividad política; eso a mi juicio tiene que ver nó con las bondades de una fórmula de pacto de gobierno indefinido, -porque permítame Alejandro hacer sólo la reflexión-, que las cuatro dictaduras más prolongadas de Europa en el siglo XX, -la Alemania nazi, la Italia fascista, la España franquista y el Portugal corporativista- salen de un modelo autoritario a uno democrático sin pasar por pactos nacionales y garantizando el principio de la competitividad, lo

cual nos demuestra que no es un axioma ni una exigencia necesaria, sino que lo necesario es una cosa que es distinta y anterior a la concertación de un pacto nacional que es la existencia de una ética democrática común. Lo que falló en Chile hasta el año 73 fué la responsabilidad para sostener un sistema democrático que comprometiera a los sectores de Gobierno y de oposición, y no ganaríamos nada con un pacto nacional si no hay una ética democrática que nos permita actuar dentro de ciertos límites de la disidencia que es justamente el tema que este seminario nos coloca, es justamente estableciendo cuáles son los límites legítimos de la oposición, los métodos que la oposición puede usar, de qué manera se anteponen los intereses del país a los intereses partidistas, y eso se regula institucionalmente, de la manera cómo podemos asegurar un régimen estable, porque tenemos que suponer la inteligencia de los gobiernos que el país escoja y yo creo que ningún gobierno querrá estar en posición de minoría, que si mañana el país elige un gobierno de derecha, o a la democracia cristiana o a sectores socialistas o a otros, estos sabrán buscar para gobernar y no desplomarse las alianzas políticas necesarias, y si no las saben buscar, nada ganaríamos con imponerlo a través de una fórmula estática que a mi juicio burocratiza y resta creatividad al proceso de la administración nacional y en nada favorece a la concertación democrática, porque impide justamente un punto clave con el cual yo termino que es el punto de que este país necesita proyectos nacionales que se funden en consensos muy amplios, pero que recojan las nuevas perspectivas y la nueva naturaleza del proceso que el país va a vivir al fin de este régimen autoritario.

Estos 12 años ó 15, no sabemos cuántos, que el país vivirá bajo modelos autoritarios han cambiado profundamente la estructura social, productiva, económica de Chile y es necesario que las fuerzas políticas puedan responsablemente,



creativamente, dar respuestas frente a este nuevo escenario y creo que eso tiene que ver más con la capacidad de enseñar y hacer competir proyectos nacionales renovados, que con acuerdos previamente establecidos y pactados por un período tan largo, que a lo mejor quienes los suscriben no son quienes tendrían que ejecutarlos en el futuro.

Mi impresión, -concluyo con esto-, es que los pactos de larga administración, -recuerdo la salida de la guerra civil colombiana el 48-, acaban emprobreciendo la vida política de los países, no estabilizan modelos democráticos de amplio horizonte y, que, en cambio, es la responsabilidad democrática de los agentes políticos el único factor que puede asegurar estabilidad en un sistema político renovado.

SEMINARIO "EL LIMITE DE LAS DIFERENCIAS"

Manuel Antonio Garretón

"Situación de la oposición política"

Junto con agradecer la invitación a discutir el tema de la situación de la oposición política y de alegrarme de compartir la Mesa con quienes están acá, quisiera decir que voy a tratar, no tanto de plantear una posición, sino más bien de plantear problemas. Y, desgraciadamente, a mí a veces me traiciona un temperamento relativamente polémico, pero confieso que tengo bastante menos seguridad en el conjunto de afirmaciones que voy a hacer. Y lo que quisiera, entonces, es sencillamente tirar problemas para la discusión.

Quisiera partir recordando muy brevemente, -porque hay que concentrarse en otros temas-, que cuando se habla de la oposición en este tipo de regímenes militares o autoritarios, uno se olvida que se trata de oposiciones no unívocas. Primero, no cabe hablar tanto de oposición, sino de oposiciones y, en segundo lugar, las tareas de estas oposiciones, normalmente, tendemos a juzgarlas a partir de un sólo prisma, y yo tengo la impresión, que la historia muestra que estas oposiciones juegan diferentes funciones, y que es el conjunto de estas funciones, -de todas ellas- el que hay que evaluar. Yo diría a muy grosso modo, -cada cual puede usar la clasificación que quiera- diría a muy grosso modo que las oposiciones en estos regímenes tienen cuatro grandes tareas.

La primera es la mantención y reproducción de su aparato organizacional. Se puede fracasar o tener éxito en eso, pero esa es una tarea. Una segunda tarea, es la del término del régimen militar, de la dictadura o del régimen autoritario, que es una de las tareas y normalmente nos atenderemos a pensar

que es la única y a juzgar las oposiciones en términos de su éxito o fracaso en esa dimensión. Si fuera así, todas las últimas oposiciones de los últimos diez regímenes autoritarios que conocemos en el mundo, habrían fracasado, porque ninguna de ellas terminó con el régimen militar. Evidentemente el ataque al corazón o la edad de Franco, no fué producto de la oposición.

Pero la oposición juega también una tercera tarea que es la de preparación de una alternativa. Puede fracasar en la segunda, pero la preparación de una alternativa es también otra tarea, y una cuarta tarea, que tiende a ser paradójal, es la que podríamos llamar la democratización de la sociedad, incluso bajo la permanencia de un régimen militar o de un régimen autoritario.

La oposición o las oposiciones, pueden democratizar la sociedad. Por ejemplo, si uno analiza la oposición española, que fracasó en varias de las dimensiones anteriores, constata que uno de sus grandes éxitos fué que democratizó la sociedad contra lo que el régimen quería, y de hecho la sociedad española en 1975 es una sociedad mucho más democrática que la de 1950, aún cuando el régimen se mantuviera, y eso es básicamente una tarea de la oposición. Y esta tarea de democratización de la sociedad tiene a su vez diversas dimensiones: una, es la simple barrera que se ponga a las transformaciones autoritarias, atomizadoras, desarticuladoras de la sociedad. Una segunda dimensión de esa tarea democratizadora de la sociedad es la constitución de organizaciones y de sujetos sociales. Una sociedad que tiene organizaciones, que tiene sujetos sociales, sujetos políticos, es más democrática que una que no los tiene. Y una tercera tarea o tercera dimensión de esta gran dimensión democratizadora de las oposiciones es la de obtener al interior de un régimen autoritario, conquistas democráticas.

Tengo la impresión, entonces, que se puede, sobre la base de este esquema de cuatro grandes tareas de la oposición, hacer dos cosas: una, trazar una evolución de la oposición en estos regímenes y darse cuenta que en distintos momentos privilegiaban una u otra.

Si uno toma la oposición chilena, por ejemplo, entre 1973 y, digamos, el 76, la única tarea de la oposición política es la primera y reviste una forma casi elemental que es sencillamente salvar la vida; si uno toma, por ejemplo, el período en el cual la democracia cristiana inicia su camino de Damasco y pasa a la oposición, se da cuenta que en el período que va del 76 al 80, predomina el eje uno, es decir, mantención y reproducción de aparatos organizacionales, con el eje tres, que es la preparación de alguna alternativa y esa es la época en que se habla de los frentes antifacistas, de los frentes amplios y toda la discusión en términos de unidad, pero una unidad curiosamente pensada más bien para el futuro. Evidentemente los dos ejes que se dejaron descuidados en ese período que va del 76 al 80, es el de término del régimen porque se suponía que el régimen, o terminaba por su cuenta, o que el Cardenal lo botaba, o que Carter lo botaba, o que la eterna combatividad del pueblo chileno lo botaba, o que el modelo económico lo llevaba a su fracaso, pero no hubo diseño al respecto, o sea, la oposición no se planteó eso como problema, y tampoco se planteó como problema central, porque se tendió a confundir el eje uno con el eje cuatro, es decir, la mantención y reproducción del aparato organizacional, con la creación de organizaciones y de sujetos sociales; se tendió a pensar que si se mantenían los aparatos políticos, con eso, entonces, la sociedad de algún modo estaba suficientemente representada. Y a partir de 1980, uno puede plantearse el surgimiento de dos nuevos ejes. Uno, el de la preocupación por el término del régimen y eso básicamente tiene como fecha el 3 de Septiembre de

1980 con el planteamiento de Luis Corvalán respecto al término del régimen militar; uno puede discrepar, estar de acuerdo, en contrar dramático, pero ahí se plantea eso como problema, y yo diría que del 80 para adelante también la gran preocupación de la oposición es cómo reconstituye una relación con la sociedad y entonces también está el eje cuatro presente.

Ahora, igualmente, uno puede decir que estos ejes no sólo nos sirven para analizar una evolución de la oposición, sino que también nos sirven para verificar que hay oposiciones que juegan en uno u otro eje en forma distinta, es decir, no toda la oposición se plantea simultáneamente esas cuatro tareas; hay partes de la oposición cuyas tareas principales juegan en un eje, otras juegan en otro. Por ejemplo, uno diría que esta cosa que juega un rol político, aunque no es un actor político, sino un misterio, que es la Iglesia Católica, juega básicamente en el eje cuatro; uno diría por ejemplo, que una oposición que nadie puede negarle su carácter de oposición, como la del MIR, juega básicamente en el eje dos aunque esté errada o acertada. Entonces, todo esto para plantear el tema de la diversidad de las oposiciones dado por un lado las tareas, por otro lado los momentos que tiene que enfrentar y por que distintos actores combinan estas tareas en forma diferencial.

Ahora, quisiera pasar a un segundo problema, porque el primero sería fundamentalmente una función de tipo analítico, que es entender el problema de las oposiciones como un problema multidimensional y que no se puede juzgar los éxitos o fracasos de una oposición en términos de una sólo de sus tareas. Mi impresión es que uno podría decir, por ejemplo, que la oposición chilena ha fallado en el eje dos, ha sido extremadamente exitosa en el eje uno, ha avanzado bastante en el eje tres, en ciertos periodos en el eje cuatro ha sido también notable. Hay que hacer un juicio complejo sobre las oposiciones.

El segundo problema que quisiera plantear es el contexto actual de la oposición. De ahí quisiera entrar inmediatamente después al planteamiento de cuáles son los problemas que yo veo hoy día en la oposición, y para eso quisiera hacer una muy breve caracterización de cómo veo el problema del régimen actual, en segundo lugar discutir cuál es el tipo de transición posible en este país y en tercer lugar cuáles son los hechos o los datos básicos por los cuales se caracteriza a la oposición en este momento, desde el 83 para adelante. O sea no voy a analizar, -cosa que podría ser interesante-, lo que pasó en el período del 73 hasta el 83 pasando por lo que ocurre en el año 80, en fin, pero no tenemos tiempo para eso, de tal modo que mi caracterización de la oposición es a partir del 83.

¿Cómo podría definir este momento? El momento en el cual la oposición ocupa espacio público; el año 83 se caracteriza porque por primera vez la oposición política ocupa un espacio público informal; no es una arena política en términos técnicos, en tanto no está regulada, pero ocupa un espacio público por un lado, y el otro fenómeno básico del año 83 es que por primera vez empieza a surgir una interacción formal o informal, -no me importa-, entre Gobierno y Oposición.

Hasta 1983 lo que hacía la oposición tenía absolutamente sin cuidado al Gobierno, no le pasaba nada al régimen con lo que hacía la oposición, porque más bien la oposición actuaba teniendo una posición política, en su propia cancha, sabiendo que el Estadio del régimen militar y el Gobierno haciendo cosas, actuaba por otro lado: la oposición estaba preocupada más bien de sí misma. El año 83 al crearse un espacio público, por primera vez tienen efecto las cosas que hace la oposición; entonces, es a partir de ese período del 83 para adelante que yo quisiera ubicarme para analizar los problemas de la oposición, en primer lugar respecto al contexto actual, -hacemos en esto síntesis muy rápida porque algunos de los temas fueron

planteados ayer-; yo creo que hay que retomarlos no más.

Estamos en presencia de un régimen que a diferencia del periodo 73 a 76 donde el problema principal era como reprimía y desarticulaba a la sociedad y, a diferencia del periodo 76 al 81, donde su problema principal era cómo transformaba a la sociedad, tiene hoy como su preocupación fundamental la problemática de cómo sobrevivir, de cómo mantenerse. Se trata entonces, de un régimen en crisis, pero que a partir del año 83 entra en una fase particular de esa crisis, que es la decisión consciente de administrarla políticamente, cosa que entre el 81 y 83 no se dá. A partir de la protesta, hay un régimen, uno, que pone como meta básica su supervivencia, pero, segundo, que decide administrar la forma de su supervivencia, es decir, el paso, si Uds. quieren usar los términos económicos, del ajuste automático a la política propiamente tal, y la política significa reconocer interlocutores, tanto interlocutores internos, como reconocer adversarios; se trata entonces de un régimen que decide hacer política para mantenerse, -hacer política manteniendo, por supuesto, la lógica militar-, pero hacer política. A mi juicio eso es muy importante por las consecuencias que se pueden sacar y uno diría que en esta estrategia general hay tres grandes líneas de las cuales dos son subordinadas y una es la predominante.

La primera es mantenerse tal cual hasta el año 89, yo diría que esta es la declaración y la tentación permanente de Pinochet. No es su práctica porque esa no es la línea predominante, pero es su declaración, lo que él dice, lo que él quisiera. Le encantaría volver al año 81 sin partidos, sin nada, y esa es la línea de ciertos sectores al interior del régimen militar, pero diría que no es la línea predominante.

La tercera, -después me quiero referir a la segunda-, es decir, la otra línea no predominante al interior del régimen, es la modificación de plazos y mecanismos de la Constitución, línea que está de algún modo presente en aquellos secto-

res que hoy día oscilan entre el régimen y una semi oposición; es de cierta manera la posición de algunos sectores de la derecha política y nadie sabe si de algunos sectores militares, pero en todo caso, tampoco es la predominante. ¿Cuál es la posición predominante? Es, tanta transformación y apertura en el régimen cuánto sea necesario para mantenerse: si es necesario congreso se hará congreso, si es necesario ley de partidos políticos se hará y si puede no hacerse la ley de partidos políticos entonces no se hace, pero todo esto es a mi juicio lo que hoy día predomina y por eso uno no tiene que darle tanta importancia a lo que son las declaraciones en las conferencias de prensa, -en los desayunos-, porque las cambian. Ayer en la noche, después de nuestra discusión, leía las declaraciones hechas a las asociaciones y ya eran distintas en torno a las libertades. Por ello yo digo, no es eso de lo que hay que estar se preocupando, sino a mi juicio, de la línea gruesa que es tanta apertura cuanto sea necesario para mantenerse; eso le dá a la apertura propiamente tal su exacta dimensión, aclarando que entendemos por apertura, a diferencia de lo que podemos llamar liberalización, creación de espacios. Eso es apertura, creación de espacios.

El régimen intenta mantener su supervivencia con política. Cuenta, con qué cosas a su favor: en primer lugar cuenta -y voy a dar elementos no más que pueden ser discutidos-, cuenta, repito, con la unidad de las Fuerzas Armadas respecto de esta posición. Y esto está vinculado a otro fenómeno que entiendo que puede ser visto como muy legalista, pero que para mí es extremadamente importante. Es que rota la legitimidad de guerra inicial sobre la base de la transformación, -porque este Gobierno se legitima por las transformaciones y por el éxito económico-, la única cosa que queda de común en el bloque dominante y, concretamente en las fuerzas armadas, la única cosa fuera de su unidad institucional, es la legitimidad de la



Constitución del 80. Perdón, yo no estoy afirmando de que la Constitución sea legítima, sino de legitimidad interna de la Constitución del 80. Y eso es un punto básico del cual todo sector opositor tiene que darse cuenta: para las fuerzas armadas y para los sectores del régimen esa es una Constitución legítima. Ellos creen en ella, es el único denominador común, no hay otro a esta altura, y eso es a mi juicio extremadamente importante porque no es llegar y decir la Constitución es ilegítima, porque eso es dar por resuelto el conflicto. Hay algunos que piensan que es legítima y otros que pensamos que es ilegítima, y el problema central de la sociedad, que voy a tratar más adelante, es entonces, cómo se resuelve el conflicto de legitimidad hoy.

Decía entonces que por un lado está la unidad de las fuerzas armadas con este elemento básico, esta unidad en torno a lo que es la institucionalización política, -y ahí una muy pequeña observación, la importancia de los tiempos en política- la importancia, contra la voluntad de Pinochet, de que haya hecho institucionalización política antes de la crisis. Evidentemente es lo que Galtieri hubiera querido: haberse ido con una Constitución a las Malvinas y haberse vuelto derrotado y todo, pero ya con un denominador común para resolver la crisis. Esto es, afortunadamente para el régimen, un elemento común muy básico, el haber hecho una institucionalización política antes de la crisis. Evidentemente hoy día no lograrían ponerse de acuerdo en un proyecto de Constitución como el que hicieron para el año 80, ni lograrían imponerlo. Digamos, eso es desde el momento de la ruptura del modelo económico.

El tercer elemento que a mi juicio juega a favor de esta estrategia son las vacilaciones de la Derecha, donde yo diría que lo básico en este momento, más allá de las disputas orgánicas de la derecha, más allá de la diversidad de grupos, es

que hay dos grandes tendencias dentro de lo que podemos llamar la derecha chilena. Una es la que junta a nacionalistas y gremialistas, aunque tengan líneas políticas distintas, pero que los junta, y es la opción por ser herederos del régimen, por mantener la continuidad y ser los herederos. Y una segunda tendencia, que se expresa sobretodo en sectores del Partido Nacional, que es la de ser semioposición o alternativa, distanciamiento, autonomía respecto del régimen; pero lo que es claro, es que todavía no tenemos una derecha sólida que de algún modo sea "la Derecha", porque ésta todavía no está desplazada al campo de la oposición. Y eso tiene a su vez una relación con otro punto. Lo anterior, en el plano político. Pero en el plano social yo diría que no existe en este país una base social de la derecha que haya optado por una transformación democrática y con eso me refiero fundamentalmente al problema del empresariado. Si uno analiza los vaivenes del empresariado se da cuenta que por lo menos en Marzo del 84, quizás por un tiempo corto, se produce una captación del empresariado. Lo que no tenemos en este país, para ser bien precisos, es el empresariado de Sao Paula que junta a la reivindicación corporativa, la reivindicación por derechos humanos, es decir, un empresariado que pasa de una conciencia puramente corporativa a una conciencia política. Eso no lo tenemos y es cuestión de ver todo lo que es la SOFOFA, etc.. Pero, a su vez, eso tiene otro problema. Nosotros no tenemos una base social que opta ideológicamente por la Democracia en la derecha, sino que a su vez hay un sector social potencialmente desestabilizador, que podrían ser los gremios de capas medias, que no cuentan con una clase política que los represente. ¿Cuál es la clase política, por decirlo así, de los Coumsilles? No está; entonces ahí tenemos una especie de oposición pretoriana puramente corporativa que no tiene ligazón con la política.

Mi impresión es que en estos cuatro elementos muy rápidamente bosquejados se hallan los elementos de mantención de fuerzas, de fortaleza por decirlo así, del régimen militar. Dicho de otra manera, un régimen militar, -que cuenta con un 20% de la opinión pública, -y estoy castigando las encuestas-, y con las fuerzas armadas, es un régimen, minoritario, asesino, torturador, todo lo que Uds. quieran, pero fuerte; no es un régimen débil un régimen de 20% más las fuerzas armadas. Esto me plantea el siguiente problema y yo creo que hay que partir de ese problema. Digamos, podemos discutirlo, que hay una probabilidad, que el régimen llegue al 89. Yo diría que este es el hecho básico con el cual tiene que trabajar la oposición: eso es posible. Si hay una posibilidad de llegar al 89, el régimen la va a jugar dentro de esa estrategia que yo señalaba: tanta apertura como sea necesaria, intentando crear un clima político que hemos llamado a veces muy livianamente de centro-americanización, donde lo básico que ocurra sea enfrentar militarmente a un determinado sector lo que de hecho le quita espacio político a todos los otros sectores, porque tienen ó que apoyar o solamente solidarizar. Entonces todo el problema, toda la tragedia de una oposición, es cómo encuentra espacio político. Y aquí quisiera plantear para lo que viene a continuación, una opinión relativamente tajante: a estos regimenes si los bota algo, los bota la política, nó la guerra y nó los militares; digo, más allá de juicios éticos que uno quiera hacer, esa es estrictamente la realidad.

A partir de esto es donde yo quisiera plantear tres o cuatro hipótesis sobre el tipo de transición, para luego enfrentar el problema que realmente me toca que es el de la oposición.

El problema de transición, como no tenemos mucho tiempo hay que plantearlo de modo tajante. No vamos a tener, es lo más probable, la presencia del modelo clásico de las transiciones que consiste en derrumbe del régimen, gobierno provisional

de la oposición y asamblea constituyente o nueva Constitución creada por este gobierno provisional. Creo que no lo vamos a tener, entre otras cosas, porque este modelo clásico, llamado así, sólo se ha dado dos o tres veces. Se da en Portugal en 1855, se da en la República de Weimar, se da en España en los treinta, y uno diría, normalmente, cuando se dá, en todos los casos que se ha dado, este modelo clásico se ha dado en contra de las monarquías, no se ha dado contra regímenes propiamente militares y tampoco en el caso muy singular de Irán, pero, en general, cuando uno analiza las transiciones contemporáneas donde hay clases medias y ejércitos modernos, se da cuenta que este modelo clásico no se dá, entre otras cosas, porque supone el derrumbe y dado que el titular del poder son las fuerzas armadas, supone derrota militar de las fuerzas armadas.

La vigencia de este modelo clásico no se ha dado en los últimos 20 ó 30 años; esto que es un diagnóstico, a mi juicio hay que tomarlo posteriormente como una posición política, hay que aceptarlo como tal; en ninguna de las transiciones contemporáneas eso ha existido; por lo tanto, se va dissociar el momento del término del régimen militar del momento de la transformación social y no va a haber una revolución en el sentido estricto, -a la cubana o a la nicaragüense-, donde coincida caída del régimen y transformación del sistema. La transformación del sistema, la democratización, va a ser una tarea pendiente a enfrentar por el nuevo régimen. Esto a mi me parece estrictamente básico para cualquier conclusión que uno quiera sacar. Si es así, el problema de la transición de aquí al 89, -y entiendo de que después del 89 es distinto-, es el de la decisión de las fuerzas armadas de retirarse. Yo operacionalizaría así el problema: cómo se provoca y acelera la decisión de las fuerzas armadas de retirarse. Y diría que esta decisión no es autónoma; depende básicamente de dos fac-

tores: de la posibilidad de hacer penetrar la crisis de la so  
ciedad en las fuerzas armadas, crisis de la cual ellas han es  
tado ausentes, y dos, de la concertación política. Y la con-  
certación política, dado este tipo de transición, -y no es lo  
que yo quisiera, insisto en en ese punto, no es mi utopía, yo  
quisiera una revolución, a todos nos gusta, todos tenemos al-  
go de romántico-, la concertación política, repito, en este  
caso, implica necesariamente tal grado de concertación que de  
algún modo viabiliza la penetración de la crisis al interior  
de las fuerzas armadas y pasa por la derecha política, o sea,  
pasa por desgajamientos significativos de sectores del régi-  
men. Después del 89 el problema de la transición, el proble-  
ma del término del régimen se plantea en forma absolutamente  
distinta; porque ahí vamos a tener instituciones si es que te  
nemos el diseño; el problema va a ser cómo se cambia esa Cons  
titución; de aquí al 89 el problema es, cómo se provoca la de  
cisión de retiro de las fuerzas armadas.

A partir de esto quisiera entrar en el problema de la  
situación de la oposición. Para analizar la situación actual  
de la oposición quisiera fundarme en tres datos básicos de los  
cuales hay que partir cuando se analiza a la oposición.

El primero es que la aparición pública de la oposición  
se da con la creación de bloques políticos que se organizan,  
que se generan, en el momento de máxima debilidad del régimen  
y de una percepción que la historia muestra errada, -de desplo  
me-, antes incluso que se hayan producido todos los procesos  
de renovación y de reorganización interna en la oposición poli  
tica. De tal modo, entonces, que esta oposición que emerge al  
espacio público tiene que encarar trágicamente cuatro enormes  
tareas en conjunto.

Tiene que resolver los problemas de su propia organiza-  
ción, tiene que de algún modo organizarse a nivel nacional,  
tiene que establecer alianzas, tiene que resolver el problema

de una movilización social que no tiene liderazgo político y, a su vez, tiene que enfrentar el problema del término del régimen militar. De tal modo que se trata de una oposición que emerge casi prematuramente, -en el sentido de niño prematuro, antes de los nueve meses- con un clima de un régimen que se desploma, y uno no entiende lo que pasó con los bloques, no se ubica en el clima de la época, en que el régimen se iba. Entonces el hecho fundante es que estamos en presencia de partidos preexistentes y esto nos marca una diferencia importante, por ejemplo, con la oposición brasilera que de algún modo es una oposición cuyos partidos se constituyen en el interior de los partidos nuevos, podrán tener reminiscencia en los antiguos, pero obviamente hay creación partidaria. En este país no hay creación partidaria y se reproduce en la oposición la diversidad preexistente y, al mismo tiempo, la identidad de esta oposición queda marcada por el hecho de su aparición pública en el momento que se siente que el régimen va a terminar y, por lo tanto, esta oposición queda marcada con el objetivo máximo de término de la dictadura. Esto puede parecer muy banal, pero no es el problema, por ejemplo, que tuvo que enfrentar la oposición brasilera, donde no se plantea el imperativo "tengo que terminar con el régimen". Se plantea otros problemas y eso le permite avanzar enormemente en la democratización de la sociedad. El drama es que nuestra oposición es una oposición que emerge con el signo, con la identidad de terminar con el régimen militar para bien o para mal. Es así. De tal modo que esto que le da un carácter a esta oposición, que es una oposición rupturista y maximalista, cualquiera que sean las versiones, sea la del MDP, sea la de la Alianza, sea la del Bloque Socialista, -a mi me da lo mismo-, a estas alturas, todas son rupturistas y maximalistas en el sentido que su identidad está dada por el término del régimen militar.

Esto hace que sea una oposición que tenga enormes problemas para captar sectores que se van desgajando del régimen y, al mismo tiempo, que sea una oposición con grandes dificultades para diversificar su oferta política y para unir el objetivo máximo. Y a eso me voy a referir a continuación, con respuestas concretas a las demandas de la sociedad.

Tenemos, entonces, una oposición que se genera en un momento de máxima debilidad del régimen y que, por lo tanto, se plantea como identidad a partir del bloque de partidos pre-existentes, y que con un proceso de renovación incompleto, se plantea el problema del término del régimen militar lo que le da un carácter de profundista y maximalista desde su inicio. El último problema que a mi juicio es muy importante tomar en cuenta, es que esta oposición, si bien está dada por organizaciones políticas preexistentes, emerge en un momento en que la sociedad ha cambiado enormemente y ese es un hecho que también hay que tomar en cuenta. De hecho, lo que ha cambiado son exactamente las bases de constitución de los sectores sociales que eran las bases sociales de la oposición; tenemos en este país menos estudiantes, tenemos menos clase media en el Estado, tenemos menos obreros industriales, tenemos menos campesinos, o sea, tenemos menos de todo, excepto, que lo que más tenemos es más cesantes y más gente suelta. En todos los estratos sociales, lo que ha aumentado enormemente son las posiciones independientes y lo que ha disminuido tanto a nivel de sectores medios como en el sector rural, son las posiciones asalariadas: eso lo muestran todos los estudios hechos al respecto. Lo que se plantea es que el sector organizable de la sociedad, el sector representable, ha disminuido enormemente y esto crea un problema muy grande que es lo que se llama una crisis de representación, sobretodo cuando uno piensa en lo que es la masa joven, en el fondo, cuando uno se plantea el problema de lo que es la masa de las terceras protestas, -porque la primera y la

segunda son básicamente clase media y pueblo-; de ahí para adelante el núcleo fundamental de las protestas son pueblo joven; evidentemente ahí hay un problema que a mi juicio no es un problema banal porque aquí es donde uno tiene que ubicar esta interacción entre una oposición política que está constituida por partidos preexistentes, -por lo tanto con núcleos socializados, radicalizados-, y una masa que emerge no canalizada políticamente.

Entonces nos vamos a enfrentar a dos tipos de radicalización, uno, la radicalización visceral de los jóvenes, no ideológica, del joven que combina la barricada con el neoprán (Oído en una exposición de Luis Maira). Ese es un tipo de radicalización, muy distinta, que tiende a reproducir la radicalización de la década del 60: es la que se da en el seno de las organizaciones partidarias. Ahí estamos en presencia de un tipo de radicalización que de algún modo se hace incapaz de vincularse con el conjunto de la sociedad, porque no hay nada más extraño para la sociedad, porque no hay nada más extraño para la sociedad que el grito "Acrear, a crear poder popular", no hay nada más extraño para la sociedad que el grito "A crear, a crear milicia popular", no hay nada más extraño para la sociedad que le terminen cantando la Canción Nacional, sea con el símbolo de la nueva estrofa que se le agregó, o sea con el símbolo de "Revolución, revolución" que son de algún modo equivalentes.

De algún modo se produce un desencuentro entre una oposición que tiene un proceso de radicalización que le es propio dadas las dinámicas profesionales y lo que es la sociedad emergente radicalizada por otras razones, más bien frustrada, desesperada, con enormes problemas a resolver. Y entonces mi impresión es que en esto hay un problema básico que es que vamos a tener una estructura partidaria que de alguna manera se habla a sí misma. Y aquí digo, me da lo mismo, puede ser el me-



sianismo cristiano, la izquierda cristiana o ciertos sectores de la Democracia Cristiana, puede ser el problema de las distintas formas de lucha, ó como se le quiera llamar, del Partido Comunista, digo, es un problema general de la oposición, donde el proceso de radicalización propio de las organizaciones no coincide con lo que pasa en el conjunto de la sociedad.

La oferta política es una oferta que nose adecúa al tipo de demandas de la sociedad y a mi juicio las consignas de la izquierda, todas las consignas -excepto la de "Y va a caer" que es bastante inteligente-, todas las otras son tomadas de períodos anteriores y corresponden a procesos de socialización de la militancia y no corresponden para nada a procesos de vinculación con una sociedad. O son consignas que expresen lo que esa base social reclama, "el poder popular", por ejemplo, "las milicias populares" y todas las otras que Uds. conocen. Aquí están planteados, en el acto fundante de la oposición, en las transformaciones de la sociedad, están planteados los problemas básicos que esta oposición tiene que enfrentar.

Y ahora quisiera sistematizarlo en términos de tres puntos y quisiera explicarlos muy rápidamente ya que son consecuencia de este problema genético de la oposición.

El primer problema es lo que llamábamos la trampa de maximalismo, donde la cuestión en términos objetivos consiste en que una oposición como la chilena no puede abandonar un objetivo máximo para el cual no tiene los medios, es decir, un objetivo máximo que no depende de ella. Esto, dado el momento constitutivo de la oposición que es el de un régimen que se derrumba y que se va, tiene el agravante que para ese objetivo máximo no hay ningún diseño concreto. Los problemas de discusión de la oposición operan desde el momento que se va Pinochet y en ese sentido creo que es muy importante analizar lo que parece ser hoy día el consenso del conjunto de la oposición. Salida de Pinochet, Gobierno Provisional y Asamblea Constituyente

eso es lo que hoy día, la oposición propone al país. Ese es un planteamiento en algunos casos irreal y en otros casos absolutamente ahistórico, de tal modo que no hay un diseño para el término del régimen militar que es el problema que se ha planteado la oposición como objetivo máximo. Tampoco hay mucho interés en discutir un diseño de eso, sino que el conjunto de las discusiones tienden a ser para el futuro, con el efecto de que si habla mañana el Ministro Escobar o quien sea, planteando un conjunto de políticas para el país, la respuesta de los jefes de la oposición es: "esas son políticas parches, democracia ahora", esas son políticas parche mientras no se resuelva el problema de la salida de Pinochet. ¿Qué significa eso?. Significa que es una oposición que, entrampada en el objetivo máximo, es incapaz o tiene enormes dificultades de hacer política propiamente tal, es decir de entrar a interactuar, a contestar, porque tiene el fantasma de la legitimación del régimen, y entonces empieza esta enorme discusión absolutamente abstracta de oposición dentro del sistema o de oposición fuera del sistema. Cuando la historia muestra que siempre que hay una oposición a una dictadura, habrá acciones dentro del sistema y habrá acciones fuera del sistema. Porque hay un momento en que hay que terminar con el régimen militar, que pasa -no por la patada, es decir, por la derrota militar, sino por la concertación, es decir, dentro del sistema y hay un momento o momentos en que las movilizaciones se dan fuera del sistema. Esta es una discusión abstracta y en ese sentido creo que la polémica Aylwin, Silva Cima, Lagos, tiene la gran ventaja de haber introducido una discusión relativamente concreta, porque el problema que se le plantea a la oposición es el siguiente: hay una propuesta de transición, desde luego autoritaria, que es "me quedo hasta el 89"; hay una propuesta de la derecha que es decir leyes políticas, congreso, plebiscito, congreso, y con eso implícito, la posición de la derecha: se va a ir.

Frente a esas dos propuestas no hay una propuesta de la oposición que esté al mismo nivel, que sea equivalente. Yo propongo congreso dice la derecha, ¿qué le decimos nosotros?. Tal y como se vaya Pinochet el Gobierno Provisional hace de autoridad. ¿Cuál es el equivalente a la propuesta de transición que tiene el régimen en el mismo nivel? Yo diría, no la hay. Esto hace entonces que tiendan a primar las consignas genéricas y que no se ligue el objetivo máximo a objetivos intermedios. ¿Qué significa esto como consecuencia?. Significa a mi juicio el mito de la movilización. ¿Cómo vamos a terminar con el régimen militar?. Con movilización, pues compañero. Y ahí entra entonces la visión del país como coctelera, un país que se agita permanentemente y que se agita así por el objetivo máximo que es que termine la dictadura. ¿Cuál es el resultado de eso?. La no ligazón de la movilización a objetivos por los cuales la gente sienta que está mejor, sienta que la movilización le sirvió para mejorar su situación respecto al día anterior; significa que las movilizaciones terminan o desaparecen, o agotadas o reducidas al núcleo radicalizado, -y entonces somos los mismos que vamos al parque O'Higgins, al Caupolicán, a distintas partes, creyendo que es el país entero el que se agita-, o desbordadas por violencia. Y entonces uno de los problemas básicos de la oposición que nace bajo este signo es que tiene que terminar con la dictadura, pero no tiene medios para ello, es la ausencia de un diseño. ¿Y por qué no hubo diseño? No hubo diseño entre otras cosas porque el régimen se iba, no era necesario pensar cómo se iba, y el problema era asegurar el Gobierno de transición por decirlo así. La ausencia de un diseño para poner fin al régimen militar lleva a la oposición a entramparse en un problema de legitimación o no legitimación, de oposición dentro o de oposición fuera, a caer en el mito de la movilización social y a desligar esa movilización de objetivos intermedios, porque cualquier objetivo

intermedio obviamente es reconocer la legitimidad del régimen; por lo tanto, eso no se puede hacer. Y esto hace entonces que en todas las concentraciones, en todos los lugares donde se mueve gente para algo, las consignas son las mismas, los temas son los mismos, con lo cual de nuevo la oferta política es única frente a una demanda social sumamente heterogénea, sumamente diversificada. Esto lleva, al final, a lo que pasa entre Marzo y ahora, que es una oposición tremendamente inmovilizada.

El segundo tema que habrá que discutir, es el tema de la unidad de la oposición, -sobre esto dije ayer una cosa por línea más provocativa que profundizada-, y sobre esto tengo la impresión que amerita como dicen los abogados, una discusión relativamente seria. Hay en esto un cierto mito respecto del rol que la unidad de la oposición juega en el término de las dictaduras, lo que no se ha dicho. Para ponerles un ejemplo banal pero no imposible, si en 1978 hubiera firmado un acuerdo desde Gabriel Valdés, Jaime Castillo, Andrés Zaldívar, -no sé quien dirigía la Democracia Cristiana- hasta incluir en él a todos los dirigentes de los Partidos de Oposición, para presentar de ese modo un frente de lucha amplio contra el Gobierno, ¿habría sido suficiente para desestabilizar el régimen? ¿Está bueno eso para un régimen militar? ¿Habría cambiado el régimen militar? En ese momento era perfectamente irrelevante la unidad de la oposición, no habría caído el régimen militar por la unidad de la oposición. De tal modo entonces que lo primero es tener una visión como muy distante del problema. La unidad de la oposición no es el factórum que decide el término de la dictadura. En segundo lugar, mi impresión es que hay una especie de ley instintiva que hace que cuando los sectores líderes de la oposición perciben el término de una dictadura el problema de la unidad resulta extremadamente rápido de resolver, extremadamente fácil de resolver, de tal modo entonces que si no

se ha producido unidad en la oposición se debe entre otras cosas y es capaz que esa unidad en la cual se piensa, -que no sé muy bien cuál es-, no es necesaria. Y entonces uno tiene que plantearse el problema de qué tipo de unidad es necesaria, para qué es necesaria una unidad. Probablemente si el régimen se está cayendo, ahí es necesaria la unidad completa para tomarse el Gobierno; por lo tanto es necesaria la junta de los elementos de oposición, ahí es necesaria probablemente una unidad orgánica. Mi impresión hoy día es que no sólo no es pensable, sino que no es quizás ni siquiera deseable una unidad orgánica de la oposición.

Sin embargo, quiero plantear el problema de dónde tiene que haber una unidad en la oposición. Mi impresión es que en términos de transición, y estoy hablando básicamente de término del régimen militar, más que la unidad de la oposición hoy día es necesario completar la oposición. Mi impresión es que la oposición -en los términos básicos de término del régimen militar, de lo que sería necesario como oposición-, está unida. Está de acuerdo en que se vaya, está de acuerdo en cantidad de otras cosas. Lo que falta es completarla y falta completarla con aquel sector que en todos estos regímenes es el que desestabiliza. El que desestabiliza más a un régimen militar no es el sector democrático sino que es el sector que se desgaja del régimen militar. Insisto, no es lo que me gusta a mí, me carga que sea un Coumsille, Vilarín o un general el que termine con este régimen, pero lo que ocurre en todos estos regímenes es que normalmente el desgajamiento de un sector del régimen es el que lo desmoviliza. De tal modo, entonces, que planteo el problema así: Más que el problema de la unidad orgánica de la oposición, el problema es completar una oposición con elementos que faltan para ella. Hoy día, tengo la impresión que el tema de la unidad tiene que ser circunscrito a dos

problemas. Es necesario concertación de la oposición para aquello que le ha faltado en todo este tiempo que es una propuesta, ni siquiera diría yo de un gobierno de transición, ni siquiera diría yo para asegurar la democracia en el futuro, sino una propuesta de término del régimen de aquí al 89; sobre eso no hay una propuesta precisa. Hay diseños implícitos, -el diseño implícito de un sector de la oposición, predominantemente Alianza Democrática, pero también uno puede encontrar otros sectores y, en esto no hay que ser maniqueo-, en la idea que en algún momento las fuerzas armadas sacan a Pinochet y negocian con la oposición. El diseño implícito, predominantemente MDP, pero también en otros sectores, yo diría es: hay un derrumbe del régimen militar que de algún modo por una puerta de la Moneda salen los militares, por la otra entra el pueblo, sin que haya ninguna claridad sobre cuales son los mecanismos, es decir, el problema básico que le plantea la oposición chilena siempre a Felipe González (la naturaleza tiene horror al vacío) cual es la continuidad institucional; yo diría que eso no es un problema que haya estado resuelto.

Esta ausencia de propuestas, de cambio de régimen, va acompañada de un sustituto espúreo que es esta famosa propuesta de los tres puntos, salida de Pinochet, Gobierno Provisional, Asamblea Constituyente, digo espúreo por lo siguiente, porque el primer punto de ello da por resuelto el problema, el primer punto es el comienzo de la transición. Lo que no da cuenta el primer punto es, cómo se resuelve, qué proposición le hace al país la oposición en términos de resolución del conflicto de legitimidad, -hay algunos que quieren que se vaya Pinochet y otros que se quede-; sobre eso, ¿qué proponemos? Y ese es el punto clave; frente a eso tenemos una propuesta de la derecha, ellos dicen con Congreso Pinochet no resiste y se va, ¿cuál es la propuesta alternativa de la oposición al respecto? No basta decir que se vaya Pinochet, porque eso da por

resuelto el problema; o renuncia Pinochet, mucho peor. En ese sentido Jaime Vadell que no sabe nada de política, que es un actor, cuando la periodista le pregunta ¿Encuentra Ud. que la oposición ha estado muy bien al pedir la renuncia de Pinochet? la mira y le dice "Deme una razón por la cual quiera renunciar; por qué se va a ir?" Evidentemente, no es una propuesta política decir que renuncie Pinochet o que se vaya Pinochet. Lo era el año pasado cuando se suponía que se estaba yendo; entonces, sencillamente se le decía ¡ya, váyase!. En segundo término, el Gobierno Provisional, yo diría es donde hay la mayor confusión, a mi juicio, de la oposición, de todos nosotros, porque ahí se confunde lo que es un mecanismo necesario de constitucionalización con una especie de gobierno revolucionario; porque cuando uno analiza las tareas de un gobierno provisional, primero, no existe en la historia de las transiciones a la Democracia, ningún caso de un Gobierno Provisional que haya durado un año y medio; quizás la única, si hay elecciones este año, sería en Nicaragua, pero evidentemente sería incorrecto hablar que es un gobierno provisional, evidentemente ahí hay cambio de régimen. No hay ningún caso de un gobierno provisional que dure un año y medio, y durante ese año y medio si seguimos a la Alianza Democrática, el Gobierno tiene que resolver los problemas de deuda externa, los problemas de empleo, los problemas de la constitucionalización del país, los problemas de un modelo de desarrollo económico de emergencia. Si seguimos al MDP le agregamos la estatización de la Banca, la reforma agraria, es decir, lo que Allende y Frei no se soñaron en 12 años de poder hacer, tiene que hacerlo el gobierno provisional en 18 meses. Yo diría, prácticamente es una locura, esa es una posición estrictamente ahistórica e irreal, porque, ahí hay un problema básico durante un año y medio, y eso plantea el problema de legitimidad.

Si esta oposición tiene problema de si se va a juntar en el Parque O'Higgins o en el Caupolicán, ¿se va a poder poner de acuerdo en un programa completo que significa prácticamente ya el socialismo?; yo creo que sencillamente eso es una locura, no hay un sólo caso de transición en que haya habido un Gobierno Provisional de esta naturaleza, ni uno solo; y hay que partir de esa realidad. La única cosa que uno podría pensar sería un gobierno provisional extremadamente corto; sumamente corto, un mes, dos meses, tres meses, no más, con una sola tarea y estrictamente una sola, que es constitucionalizar el país, es decir, llamar a las primeras elecciones, -el único sentido que tienen los Gobiernos Provisionales es llamar a la primera elección-, y será el primer gobierno democrático el que tenga que resolver los problemas del país con la legitimidad que le da el apoyo ciudadano; todo lo otro me parece sencillamente una fantasía y creo que contribuye a esta visión de la irrealidad de la oposición, porque lo que es fantástico es que en la propuesta, por ejemplo, del MDP, está que el Gobierno Provisional sea formado por el MDP, la Alianza y algunos militares, eso supone que hay una revolución; gobierno provisional de oposición en la propuesta de la Alianza es la cosa más complicada porque puede ser cualquiera, puede ser Retamal, en fin, no necesariamente un gobierno de oposición; pero insisto, el concepto de Gobierno Provisional, es un concepto a mi juicio profundamente ahistórico y errado en las condiciones que se han dado hasta el momento.

Y la tercera proposición es la Asamblea Constituyente. Yo creo que tendemos a confundir dos problemas: el de nueva Constitución necesaria con el problema de un mecanismo particular; entonces, punto básico que la oposición debe agitar ahí es cambio de la Constitución, -la Constitución del 80 no la podemos mover, nó-; evidentemente el cambio de la constitución debe llevar en algún momento la aprobación popular. Que



sea una Asamblea Constituyente, o que sea un grupo de diez personas que representen al conjunto del país me da exactamente lo mismo; a lo que voy entonces es que hay un sustituto de una propuesta de cambio por tres proposiciones desligadas de algún modo la una de la otra y que me parecen, una, que da por resuelto el conflicto, por lo tanto no resuelve nada, y las otras dos me parecen sencillamente ahistóricas y que no corresponden realmente al problema de cómo se logra que las fuerzas armadas se vayan de aquí antes del 89; ese es el problema hoy, de la transición.

Por lo tanto, primer requisito para la oposición: una propuesta propiamente de transición, propiamente de cambio; para eso es necesaria la unidad o acuerdo.

El segundo aspecto de la unidad, y en esto se ha avanzado, es la traducción, la concertación para traducir en efectos políticos la movilización social, es decir, lo que se ha llamado la concertación de la movilización social. Yo diría que es la única otra cosa para la cual es necesario hoy día un cierto acuerdo de la oposición. Esos dos puntos.

Ahora, cuáles son los problemas que enfrenta la unidad de la oposición? Yo entiendo que este es un tema muy largo, lo voy a enunciar a riesgo de ser un poco caricatural, pero entiendo que por respeto debo terminar, y básicamente porque no quisiera evadir los problemas, quisiera dejarlos planteados aunque sea en forma muy superficial, e insisto que soy consciente de esta forma superficial.

El primer problema de la unidad de la oposición es que no se ha completado con la presencia de sectores de derecha. El segundo problema para esta unidad de la cual yo he hablado, es un problema que encontramos en la Democracia Cristiana. Si es cierto lo que he planteado: que la estrategia de sobrevivencia del régimen militar es la estrategia de sobrevivencia con

política, pero con líneas de centroamericanización, es decir, de provocar permanentemente la lógica de la guerra, el problema clave para poder reconstituir el espacio político, para poder ganar lo político, es romper el aislamiento del Partido Comunista. Es el punto clave. El aislamiento del Partido Comunista es el sinónimo de la lógica militar o de la guerra donde no hay espacio para la política; y en esto a mi juicio personal hay una responsabilidad enorme de la Democracia Cristiana que no ha entendido el problema que Malraux una vez personificaba en los dos gigantes de la política francesa que eran De Gaulle y el Partido Comunista; bueno, los dos gigantes de la política chilena son el Partido Comunista y la Democracia Cristiana, gigantes digo como expresión cualitativa, porque el Partido Comunista nunca ha sido más del 15% del electorado y no va a ser mucho más en el futuro y tampoco mucho menos. Y aquí hay una tendencia de la Democracia Cristiana de no entender ese problema, tendencia que a su vez está dada por el temor al problema del desborde. Lo único que les planteo a Uds. es: si el año pasado la Democracia Cristiana hubiera aceptado en la Alianza Democrática al Partido Comunista, no tendríamos el Partido Comunista mimetizado que tenemos hoy día. Esa es la verdad y voy a referirme entonces a ese problema:

Hay un primer problema que es la incapacidad pragmática de la Democracia Cristiana de entender ese punto.

El segundo problema en la unidad, es el problema, propiamente, del Partido Comunista y yo tengo la impresión que el Partido Comunista dá los pretextos, necesarios, para que la Democracia Cristiana pueda mantener esta fijación de aislamiento del Partido Comunista. Y los dá fundamentalmente sobre la base de un planteamiento abstracto que nada tiene que ver con su historia en Chile, que le da un dividendo puramente de corto plazo en el mundo poblacional, en este mundo desestruc-

turado del cual hablábamos, pero que, evidentemente, le va a pasar exactamente lo mismo que le pasó al Partido Comunista brasilero cuando después de optar por la guerrilla volvió diez mado y entró al TMDB; o al Partido Comunista español, cuando en los años 50, también, se plantea la línea insurreccional y posteriormente tiene que cambiar absolutamente su línea. En cualquier alternativa de democracia política en Chile, el PC tendrá que hacer exactamente lo mismo y va a hacer exactamente lo mismo, como su historia lo dice, que hizo el Partido Comunista español, que tuvo que reconocer la monarquía y su bandera, contra la bandera de la República, o lo que tuvo que hacer el PC italiano que debió aceptar los pactos de Letrán sobre las relaciones Estado-Iglesia.

Entonces, uno dice: -bueno, aquí hay una enorme pérdida de tiempo-. Es evidente que el día que la Alianza Democrática y el PC entran o que este Gobierno se derrumbe y se llame a una elección democrática, ese día el PC lo primero que va a hacer, con el perdón de Uds., es expulsar a su juventud. Entonces estamos frente a un problema que de algún modo hay que plantearlo: el tema de la ambigüedad de las formas de lucha. Es un tema extremadamente complicado que significa dividendos en el corto plazo, que plantea, -y tengo que analizar las cosas desde afuera pues no soy comunista-, que plantea una dualización del PC. Evidentemente que hoy día hay dos PC, les guste o no a los comunistas, hay dos PC: hay un partido de los viejos dirigentes sindicales que crece enormemente en Chuquicamata, no porque pongan bombas, no porque hablen del derecho a la rebelión, sino porque saben negociar, porque saben hacer lo que siempre hizo el PC. Y hay este otro, que crece en los medios poblacionales y en otros, en forma tremendamente inestable. Y el mejor ejemplo de a que lleva este tipo de ambigüedad está dado por el conflicto de la Universidad Católica donde el PC al final tiene que abandonar, en una lógica que él

mismo crea y que después lo obliga a retirarse, y con los dividendos políticos sumamente negativos que está cosechando hoy día ahí. Entonces el punto es que eso tiene que ser tomado en cuenta por previsión política, pero que es objetivamente un problema.

Y el tercer problema o cuarto es que cualquier posibilidad de flexibilización del espectro político chileno, básicamente, de la relación PC-DC por ejemplo, pasa por un perfil más o menos claro de una izquierda socialista. Y sobre esto hay también un déficit. Diría que hay un campo natural, nos guste o no nos guste. Es un hecho que el PC chileno no será nunca eurocomunista y es un hecho que la DC, por su origen cristiano y por su ubicación geométrica centrista, deja un espacio, que no es para la derecha o para la izquierda, pero deja un espacio que es el espacio sociológico de una izquierda socialista. Y ahí hay dos alternativas: o ese espacio se vive fragmentalmente, que es posible, -y el viejo instinto del socialismo histórico a veces tiende hacia eso, y el mesianismo de la identidad cristiana revolucionaria también tiende a esa fragmentación-, o se produce la unificación de ese campo socialista y esa unificación tiene consecuencias para la democracia futura en Chile, notables. Porque significa pasar del esquema de tres polos al esquema de cuatro polos donde el tema de la izquierda no es la unidad de la izquierda, sino dos izquierdas que entonces flexibilizan enormemente el campo político. Y eso a mi juicio, incluso con la ruptura del elemento comunista, la posibilidad de la izquierda socialista de obligar a los sectores de centro a entender este problema pasa por un perfilamiento y conspira contra esta unificación del mundo socialista el atavismo histórico de ciertos sectores o el mesianismo cristiano de otros sectores. Entiendo que este es un punto también en proceso, donde un paso extremadamente significativo es el último llamado del PS a reunificar esta izquierda socialista.

El primer problema de la oposición es el problema de la trampa del maximalismo, el segundo era el de la unidad y el tercer problema es el de la relación entre lo político y lo social, y aquí diría que hay un problema que dice relación con esta desarticulación de la sociedad, pero también dice relación con otros fenómenos que algún día tenemos que pensar en forma seria.

En primer lugar, no hemos sacado las consecuencias, y hablo desde el punto de vista de la izquierda, de un hecho y es que, nos guste o no nos guste, el 11 de Septiembre el pueblo chileno no se movilizó. Se pueden haber movilizado las estructuras partidarias, algunas de ellas, las bases radicalizadas, pero el pueblo chileno no se movilizó. Aquí hay una forma de articulación entre la política y lo social que me parece extraordinariamente importante tener en cuenta ya que existen hoy, de algún modo, dos países: uno, el país oficial en el cual Gobierno y Oposición están juntos, y el otro, este otro mundo, donde los problemas principales que yo veo, hoy día, son dos; por un lado una confusión entre lo político y lo social que impide avanzar. Del otro, se da la paradoja en este país que los dirigentes políticos están preocupados de no instrumentalizar la movilización social, -es su gran problema-, cuando de lo único que un dirigente político debe preocuparse es como transforma una movilización social en efectos políticos. La función de un dirigente político es instrumentalizar la movilización social y la función del movimiento social es no dejarse instrumentalizar. Tensión.

Entonces tenemos dirigentes políticos preocupados de no instrumentalizar la movilización social y dirigentes sociales preocupados de la concertación política, o sea la confusión total. Y eso hace que no exista entonces la distancia necesaria, por un lado entre lo social y lo político, pero al interior del mundo político lo social y lo político confundidos. No

hay política secularizada y eso hace entonces que las metas máximas planteadas por lo político impidan avances en la democratización de la sociedad que es una de las tareas de la oposición y tengo la impresión que esa es hoy una de las grandes trabas también de la oposición chilena.

SEMINARIO "EL LIMITE DE LAS DIFERENCIAS"

Sergio Vuskovic Rojo

"La construcción de la Democracia: Tarea Infinita"

Comentario a la exposición de M.A. Garretón

Necesitamos recuperar la República. Con mayor razón después de la tácita derogación del recurso de habeas corpus que se da en el Art. 24 transitorio de la así denominada Constitución del 80 y refrendada por la Corte Suprema en reciente fallo y de la notificación al país, hecha por Pinochet, en el sentido de que no habría elecciones hasta 1989. Y a mayor abundamiento aún, cuando, como escribe Edward Schumacher, en el "New York TIMES", el 8 de este mes: "El General Pinochet rehusó decir si intentará mantenerse después de 1989".

Y aquí debo dar mi opinión a un planteamiento de Manuel Antonio cuando él hacía sinónimo, el hacer política, con una propuesta para terminar con el régimen el 89. Resulta que esa garantía no la puede dar Manuel Antonio, ni siquiera Pinochet y nadie, porque tendríamos algunos que ser brujos y ninguno de nosotros lo somos. Garantías de que se pueda hacer una propuesta para terminar con el régimen el 89, hoy día no la puede dar nadie en Chile. Es sólo una suposición, que hacer política sea sinónimo con hacer una propuesta para terminar con el régimen el 89.

Necesitamos recuperar la República porque estamos viviendo bajo un régimen autocrático, donde la vida de cada uno de los once millones de chilenos aparece dependiendo del arbitrio de una sola persona. Se ha terminado con la apariencia de poder legislativo y el poder judicial ha hecho mutis por el foro, proyectándose así sobre la sociedad civil la sombra siniestra del ejecutivo autoritario que se empeña en imponer

su voluntad como absoluta. En el editorial de la revista "HOY" Nº 322, Emilio Filippi constataba que advertir que "los cambios no se pueden hacer de un día para otro" es casi irónico después de diez años de autocracia" y, en la página 8 de este mismo número, Patricio Aylwin se refería "al descontento generalizado por la forma autocrática como se gobierna al país". Todo esto antes de que se produjeran los hechos señalados al comienzo.

Si después de perder la democracia, se nos ha arrebatado la República y estamos a un tris de convertirnos en un tris te espécimen de Imperio Romano subdesarrollado y tiránico, quiero decir que ha llegado el momento de que esto se comprenda por los dirigentes de los partidos democráticos, para sacar las conclusiones correspondientes y sellar un acuerdo político entre las distintas coaliciones opositoras, sin darle explicaciones a nadie.

Si la dictadura está agotada económica, política, moral y socialmente y gobierna sólo por medio de la represión; si se advierte que la dictadura se mantiene en el poder más que por su fuerza en sí, por el hecho que la Oposición está dividida ("Una oposición dividida e internamente conflictiva sólo favorece los objetivos del régimen", editorial de la revista "Hoy" Nº 369) y porque la movilización social no adquiere el nivel adecuado; si los pinochetistas son cada vez menos y una importante fuerza política, como lo es el Partido Nacional, ha declarado su independencia del gobierno, ¿qué es lo que impide que todas las fuerzas opositoras de Chile se puedan concertar en el objetivo de lograr la Democracia ahora?

Clara tenemos la tarea común de todos nosotros: lograr que todas las fuerzas democráticas, sean de origen cristiano, marxista o laico se unan en la lucha por terminar con la dictadura y por dar un nuevo régimen democrático a la Patria.



Dentro de este contexto, tenemos que considerar que entre las fuerzas democráticas existen objetivas diferencias. Una base real de ellas se encuentra en el hecho de que en la oposición hay distintas utopías, proyectos sociales y fundamentos ideológicos. Otra base real se halla en el hecho que las diversas fuerzas democráticas representan diferentes clases y capas sociales que tienen intereses distintos.

Partiendo del hecho que las diferencias que existen en la oposición son genuinas, tenemos que plantearnos dos tipos de problemas para alcanzar la concertación y la unidad en la acción. Algunos son de contenido y otros de método.

#### Problemas de contenido en la prosecución de la unidad

1. El primero, de contenido, se plantea en sí para hacer la concertación se pone como condición la renuncia a los fundamentos políticos o ideológicos del otro; o sea, la política de las exclusiones. Tal condición es imposible porque impide absolutamente la unidad y se transforma en una ayuda práctica a la continuación indefinida del régimen dictatorial, porque, como se sabe, los dictadores latinoamericanos gozan de buena salud.

El principio de exclusión no tiene más que un sentido negativo, inmovilista, continuista, sin vínculo real con las necesidades políticas actuales y su fuente primigenia es la propia dictadura, que no sólo fué la primera en predicarlo sino que también lo practica intensamente.

La necesidad de abandonar ahora la política de exclusiones es una exigencia de la democracia y con mayor razón en el lapso de lucha por la democracia, en que ésta todavía no se ha conseguido. ¿Si se aceptara ahora la política de exclusiones qué garantías habría que no continuaría en el nuevo régimen?; es decir, que el problema de las garantías no es un problema en dirección única, sino que es multidireccional. Las

garantías tienen que ser para todas las fuerzas democráticas y no sólo para algunas de ellas.

2. Hay un hilo negro que une el anti-comunismo declarado de Pinochet con el anti-comunismo vergonzante; ese hilo necesita ser cortado, porque es el sustento ideológico de la política de exclusiones.

3. La tarea de construir una Patria Democrática para todos es una tarea inmensa, es una tarea de todos los demócratas, de todos los no-fascistas. En este sentido, la conquista de la democracia es una audaz y paciente suma. Los llamados a restar o dividir, por muy dialécticos que se presenten, conducen a un solo resultado práctico: impedir la multiplicación o el efecto exponencial de la eficacia de los esfuerzos opositores.

4. Existe una constatación de consenso unánime: en el Chile de hoy ninguna fuerza política por sí sola es capaz de terminar con la dictadura. Ni la AD sola, ni el MDP solo, ni el BS solo. Esta es una verdad objetiva, producto de estos casi once años de lucha, derrotas y victorias parciales y la prueba nos la da la práctica social y la antigua sabiduría de los romanos cultos; pero, que en este caso debemos entenderla al revés: Ab esse ad posse valet illatio ("si ya se ha dado quiere decir que es posible"). Si después de casi once años Pinochet no se ha ido y, según él mismo lo declara, no tiene ninguna intención de hacerlo, quiere decir que las fuerzas democráticas se enfrentan a una disyuntiva tajante: ó Pinochet gobierna indefinidamente ó las fuerzas de la oposición se conciertan y se unen. Si alguna fuerza política cree que por sí sola puede acabar con la dictadura ¿por qué no lo ha hecho después de casi once años?. Lo que significa que estamos condenados a entendernos, a concertarnos. Este es el sentido de la historia en el Chile de hoy.

Si superamos estos primeros escollos todos los demás obstáculos a la unidad se transforman en problemas de método.

De ahí que planteemos los siguientes:

Tesis metodológicas para tratar nuestras diferencias reales.

I. El criterio para establecer la corrección de un planteamiento político se encuentra en la práctica política. Si se dice: "el frente más amplio para enfrentar a Pinochet, con buenas perspectivas, es uno que no incluye al PC" (Mario Papi, revista "Análisis" Nº 87, pág. 13), después de casi once años de esperar en la bondad de esas perspectivas, cabe preguntarse por la eficacia de ese camino, ya que la práctica política demuestra lo contrario.

II. La fuerza de la oposición también está en su diversidad, diversidad de intereses económicos, de principios filosóficos y de prácticas políticas, y no puede ser de otra manera si se piensa que ella engloba a la inmensa mayoría nacional: "Lo que necesitamos es saltar de un 60% que hoy tiene voluntad de terminar con la dictadura, a un 80% que lo quiera y pelee por ello" (Ignacio Balbontín, revista "Análisis" id. pág. 15). Vista la amplitud inmensa de la oposición, que concretamente se presenta ante la opinión pública como simple diversidad, hay una cierta irracionalidad en el trato de las diferencias o deformando las posiciones del otro ó queriendo llegar a un acuerdo en todo. Y aquí, a propósito, quiero volver a hacer un comentario sobre la intervención de Manuel Antonio. Creo que es una incitación a la reflexión y a la discusión, pero creo que tiene que ver con lo que digo en mi trabajo; hay una cierta irracionalidad en el trato de las diferencias o deformando las las posiciones del otro, porque considero que la propuesta que hace la Alianza, el MDP y el Bloque Socialista, yo creo que no se puede calificar, si nos queremos entender, de propuesta espúrea, ahistórica, irreal, fantasía, errada y, por último, locura; todo esto lo escuché. Creo que si yo plantee así una discusión lleva a un camino sin salida. Lo mismo, que quiero

decir yo y creo que nuestro partido también, sobre traiciones, no discutimos, no hacemos discusiones ni en el interior del partido ni con otros amigos o independientes sobre traiciones, como esta, de que mañana el partido comunista pudiera expulsar a su juventud. Creo que esa es una predicción, nada más, y sobre predicciones no discutimos -y que Dios nos libre de inventar cosas, decía Pablo y darlas por reales- y no creemos entonces que el problema sea de origen racial, el problema en Chile del atavismo histórico o de resurrección ideológica como del mesianismo cristiano; creo que los problemas que se plantean en la realidad de nuestro país son más graves, más profundos que los que señaló Manuel Antonio, aunque reconozco que hay en su exposición una gran cantidad de observaciones muy agudas, inteligentes y audaces.

Podemos contrastar nuestros principios y posiciones globales, precisar los tópicos en que concordamos y que son más de los que a veces se piensa y dejar constancia ante el pueblo de todo aquello en que pensamos diferente. Podemos encontrar un método racional, objetivo, que no deforme las verdaderas posiciones del otro, de ventilar los asuntos en que diferimos, como expresión concreta de una forma de convivencia democrática que anuncie ya lo que en el futuro deberá ser la forma que presida la vida política del país. Y cuando se quiere llegar a un acuerdo en todo, precisamente por buscar el acuerdo perfecto, no actuamos juntos o en forma suficiente, con la eficacia requerida, en la lucha para terminar con la dictadura. De lo genuino de la diversidad de las fuerzas opositoras deriva el hecho que ni ahora ni en el futuro nos vamos a poner de acuerdo en todo y es bueno que así sea. Este es un límite real de nuestra unidad, pero que le da un fundamento cierto y firme a la concertación que hoy se está abriendo camino. Nuestro camino de victoria pasa por la unidad en la diversidad.

III. La diversidad se expresa también en el hecho que usamos distintos lenguajes, formas diferentes de plantear los problemas que algunas veces llevan a obnubilar las coincidencias de fondo. Así, por ejemplo, las protestas de estos años o la derrota infligida a la costumbre de exiliar del régimen, se pueden interpretar como manifestaciones concretas ó de la no violencia activa ó de la política de rebelión, y ambas son legítimas. Lo importante es que son acciones antidictatoriales, eficaces y de masas. De ahí que centrar la discusión sobre el problema de la violencia puede conducir a formular pseudo dilemas o en el peor de los casos a la autorenuncia al legítimo derecho de la defensa propia, que se engloba, ya sea en la acepción de la no violencia activa o del derecho a la rebelión. De ahí que Jaime Ruiz Tagle escriba en la revista "Mensaje" (N.331,p.355) y refiriéndose a este último: "Es difícil dudar de que en principio ese derecho existe". Y como lo muestra la historia, existe también en la práctica. Es decir, que partiendo los cristianos de sus posiciones éticas y los marxistas y laicos de sus principios humanistas no tienen por qué separarse, sobre este problema, si su objetivo común es el respeto de los derechos humanos y el retorno de la democracia para Chile, y, más aún, si consideramos que, como lo demuestran las protestas nacionales, la no violencia activa la podemos considerar como una manifestación concreta y auroral del derecho a la rebelión.

IV. Después de haber agotado la discusión de un tema en que tenemos diferencias de principios, debemos, conscientemente, no tratarlo, o postergarlo o dejarlo para discusiones científicas posteriores.

#### EL LIMITE DE NUESTRAS DIFERENCIAS

De toda la discusión que se ha hecho, y de esta misma, hay que destilar un mínimo básico de consenso, unirnos en torno

a él y luchar juntos por hacerlo realidad. Y si pedimos un mínimo básico de consenso general, que vaya de la derecha democrática hasta la izquierda, pasando por el centro, considerando objetivamente la situación del Chile de hoy, nos asombraremos al constatar que hay importantes acuerdos ya conseguidos. Lo que ha faltado es la voluntad política para lograr la concertación social y política y hacerlas realidad. Más todavía, en este preciso momento los acuerdos son más que los desacuerdos y el dilema es que las diferencias que subsisten hoy día no nos impidan la acción común de hoy y de mañana. Esto quiere decir que el límite de nuestras diferencias pasa por los lineamientos básicos en que ya estamos de acuerdo la AD, el MDP y el BS : 1. Término del actual régimen; 2. Instauración de un Gobierno Provisorio de consenso nacional; 3. Derogación de la así dicha Constitución del 80 y de toda la legislación represiva. Disolución de la CNI y término del exilio; 4. Establecimiento de una Asamblea Constituyente que elabore una nueva Constitución; 5. Restablecimiento de la plena vigencia de los Derechos Humanos, y 6. Elaboración y ejecución prioritaria de un programa económico de emergencia para superar la cesantía a través de la reactivación de la economía nacional. Además, se ha logrado consenso en el Proyecto de Estado a construir en conjunto, lo cual no es poco; es bastante; objetivo conseguido en el "Grupo de los 24" en 1980. Y también existen y están funcionando los acuerdos unitarios en las organizaciones de base y en la movilización social. Es verdad que, hasta ahora, éstas han sido las más firmes y las más amplias. Pues bien, en torno a esta concertación ya obtenida, sustentándonos en ella, elevémosla al plano político, ya que el acuerdo político favorecerá enormemente el encuentro y el trabajo de la movilización social. Esta es una exigencia que viene del pueblo, nos la impone el empecinamiento de la dictadura y es una aspiración

de la Nación, como, por lo demás, se expresa en los editoriales del último número de las revistas "Hoy", "Apsi", "Análisis" y en varios ensayos de "Mensaje".

La Forma de implementación de este acuerdo más general puede ser la firma de un solemne compromiso democrático o Pacto Constitucional, ante el pueblo de Chile, que sea la base del futuro consenso institucional. Este solemne compromiso puede ser respaldado, en la práctica política, por la formación de un Bloque Democrático o Multipartidaria o como se le quiera llamar, no ideológica, que integre la AD, el MDP, el BS y todos los que quieran pertenecer a él y que se pronuncien por el retorno a la democracia ahora. Mientras se perfecciona esta nueva conjunción política pueden ponerse en funcionamiento las masas de concertación también a nivel regional, convocadas por el Comando Nacional de trabajadores o el respectivo "Grupo de los 24" y, al mismo tiempo, pueden formarse equipos de trabajo que vayan preparando ponencias de consenso sobre distintos aspectos de la vida nacional, como el esclarecimiento de la situación de los detenidos-desaparecidos; la erradicación de la doctrina de Seguridad Nacional y retorno de las FF.AA. a su función de la defensa exterior de la República; la derogación del Plan Laboral y el restablecimiento de todos los derechos sindicales, sociales y políticos de los trabajadores; dictación de una nueva ley de Reforma Agraria y defensa del pueblo mapuche; la situación de la deuda externa, etc.

El límite de nuestras diferencias está dado por el hecho que la construcción de la democracia requiere del acuerdo y la participación de todos los que opten por ella. La construcción de la democracia en la tarea infinita; todos nosotros estamos llamados a asumirla ahora.

Y no quiero terminar sin decir que me ha alegrado mucho escuchar la intervención de don Jaime Castillo Velasco con la cual estoy muy de acuerdo.

SEMINARIO "EL LIMITE DE LAS DIFERENCIAS"

Jaime Castillo Velasco

"El problema de la unidad de la oposición"

Comentario a la exposición de M.A. Garretón

Lo que se me ha pedido tratar aquí es lo que puede llamarse directamente el problema de la unidad de la oposición. Se expresa en la frase con que se tituló el Seminario: "El límite de las diferencias". Este punto debe ser planteado aquí como un pensar la unidad y las formas de unidad. Pero, pensar el tema implica no hacer concesiones, con frases generales, que pudieran dar la impresión de que no existirían problemas.

Hay que pensar todo lo que sea separación, diferencia y, al mismo tiempo, unidad, coincidencia. Voy a plantear esto muy abiertamente.

Se ha pensado un poco mecánicamente la unidad. Se la ha concebido como una suma de corrientes políticas que existían, donde se trata de disolver las diferencias del pasado y hacer la unidad entre todas ellas. Se da un cierto criterio electoral, en que se dice: uniendo todo esto se tiene a la inmensa mayoría del país. Esta visión emana de una posición que disminuye la importancia del hecho del golpe militar, enfocándolo como si fuese una situación un poco circunstancial, que se puede eliminar, que es como una minoría, que causa mucho daño al país y que no tiene sustento, ni político, ni social, ni económico. Aparece posible, entonces, eliminarlo con la mera reunión, con la suma de todas las fuerzas políticas que han pensado siempre Chile como una República, como una convivencia, como una competencia democrática.

Ese es, quizás, el error.

El hecho militar responde a ciertas cosas. A vía de



ejemplo, Jorge Alessandri encarnó un antipoliticismo en cuanto a sentimiento, bandera, etc. El cultivaba el independentismo. Era el independiente quien parecía dominar en las candidaturas de Alessandri. Este factor era una política de derecha, sin duda, pero aparecía ante el país como un elemento real, distinto, capaz de renovar todo el edificio de los partidos políticos. Esto mismo, en un momento dado, se transforma en autoritarismo militar; debido a una situación política especial. Pero no es algo que se finge, que se inventa. Obedece a cosas reales. Se dijo aquí que tanto el gobierno de Frei, como el de Allende, no lograron crear una perspectiva sólida, diferente, que encauzara realmente al país. No analizaré este punto. En el hecho la sociedad chilena quedó muy dividida, abriendo la posibilidad de ser interpretada por alguien que dice: "voy a limpiar todo y voy a empezar una cosa totalmente nueva". La derecha adhiere a eso y, al hacerlo, tiene muchos tentáculos, tiene muchas posibilidades, tiene mucha fuerza para mantener durante un tiempo grande a la gente vinculada a esa perspectiva, aumentada por todos los elementos de publicidad, técnica, táctica y presencia militar. Se crea, así, un hecho macizo, fuerte, que no se va a ir así no más. No es una pandilla que llegó circunstancialmente. Es una realidad económica, social y política, seria y que hay que mirarla con esa seriedad. A partir del golpe militar, con todas sus consecuencias, y a partir de la circunstancia de que el país estaba políticamente dividido, por incomprensiones, por defectos, por errores y por todo lo que se quiera, rehacer una especie de unidad política no es un problema simple, un problema de suma. Es un problema complejo. Creo que Manuel Antonio dijo cosas en este sentido, que es interesante retener, porque aluden a la complejidad del asunto. Me parece que aquí debemos tener en cuenta eso.

Ahora lo que digo debe ser encuadrado en algunas premisas generales. Primeramente, debemos estar convencidos de una

cosa: se trata de terminar con la dictadura. Esa es la tarea. Por lo tanto, toda concepción, en que terminar con la dictadura sea posterior a otra preocupación, es falsa políticamente. Hay que terminar con la dictadura y eso significa acumular fuerzas. Por lo tanto, hay una unidad determinada que establecer. Eso tiene que ser muy claro.

Con frecuencia se dice "hay que terminar con la dictadura", pero surgen factores de prevención frente a determinados elementos que también están contra la dictadura. Esto es recíproco, es de muchos. No es de unos solos contra unos solos. Es variable y hace que se produzcan las divisiones internas de los partidos. Yo no puedo explicar el fraccionamiento de los partidos sino porque se toma, en los hechos, como importante lo que es menos importante. Se toma como más importante cierto poder determinado dentro del partido, que la tarea de trabajar para terminar con la dictadura. Así, ni la táctica ni la estrategia necesaria para terminar con la dictadura son lo básico, sino otras cosas que se hacen, que no van en contra de la dictadura, sino, en el fondo, la favorecen. No podemos hablar así, sin tener en cuenta que se trata de terminar con la dictadura, o sea, de pasar a un régimen de convivencia democrática. Debemos tener, por lo tanto, un concepto de la democracia y no podemos jugar con ese concepto de una manera demasiado vaga. No vamos a engañar a nadie, porque la gente sabe, tiene conceptos, tiene criterios, hay una historia vivida. Los partidos tienen todos su tradición, su leyenda blanca y negra. No va a ser posible, en consecuencia, que los partidos finjan trabajar con conceptos unitarios si en realidad nadie nos está creyendo y si no resolvemos los problemas de heterogeneidad que puedan existir, tanto en doctrina, en cierto plano, como también en la práctica y en las interpretaciones políticas con temporáneas. Hay hechos internacionales que influyen también sobre las opiniones internas. Es decir, todo esto es un campo

complejo y hay que tomarlo en cuenta cuando se habla de unidad, para cumplir las dos tareas: primero la de terminar con esta dictadura; y, segundo, la de asegurar la permanencia de una de mocracia y que no estemos otra vez luchando entre nosotros, porque nos atribuimos recíprocamente toda clase de traiciones. Eso sería el pretexto para nuevas dictaduras militares y acaso, si es posible, peores que la actual.

Ahora, para eso, entonces, y teniendo esos dos aspectos a la vista, creo que hay que ir, como quien dice, bajando gradualmente, como jerárquicamente, en las proposiciones que se pueden hacer. Diría que lo primero que se necesita, es decir, la tarea más lejana teóricamente susceptible de ser planteada, pero menos inmediata, es el reagrupamiento del pueblo chileno. La dictadura ha dispersado al pueblo chileno. Lo ha disgregado. No quiere que se reuna en nada; ni en lo político, ni en lo sindical, ni siquiera en lo económico, salvo los grupos que ha estado estimulando para que se reúnan y hagan política. Pero eso es lo antipopular. La dictadura disgrega al pueblo. Hay que reagruparlo. Esa es, entonces, la tarea de fondo. Ese reagrupamiento debe ser con cierta visión teórica, evidentemente, porque creo que la teoría no desaparece nunca y eso es lo que llamamos la democracia. Hay que hacerlo reagruparse y ese reagrupamiento, en solidaridad interna, se convierte automáticamente en democracia, de tal manera que no se pide una especie de factor sobreañadido cuando se habla de reagruparse en democracia. Reagruparse es hacer democracia. Se trata de dar a ese reagrupamiento una cierta organización, que tiene que surgir de esta historia, de este tiempo, de esta lucha. Entonces, la organización del pueblo, para que a sí mismo se dé democracia, es la tarea que está dada. Hay que operar para eso. El error, a mi juicio, sería operar sólo en el plano de la esfera política tradicional, donde cada partido tenía su representatividad, más o menos legítima, y en las elec-

ciones se establecía hasta donde subía o bajaba. Pero este gobierno nos ha quebrado eso. Ya no sabemos cuál es la representatividad de los partidos. Nos ha suspendido, nos ha quitado el terreno. Es necesario, entonces, operar de tal manera, que se vuelva a la representatividad, que más o menos se vuelva a saber lo que los partidos representan y lo que el pueblo está realmente queriendo y cómo está juzgando a los partidos y a las posibilidades partidistas. Para esto, no basta la vía política. Creo que el concepto de unidad que llamé mecánico, se basa precisamente en que se piensa que es suficiente, reconstruir la unidad en lo político. Yo creo que no, que solamente va a existir la cuota o forma necesaria de unidad en el caso de que hagamos una cuota o forma de unidad social.

¿Cómo se consigue esta unidad social?

Creo que hay diversos planos.

El primero es hacer que se produzca una convergencia en la base social. Esta convergencia significa simplemente el juego de la institucionalidad social. Es decir todos los organismos sociales que existen tienen reivindicaciones frente a la dictadura y las plantean. Si lo hacen conjuntamente es como convocar a todo el pueblo chileno. Todo el pueblo chileno queda incluido en esa convergencia, en ese planteamiento. Hay que conseguir que no sea sólo una especie de expresión de aspiraciones, sino que, además, se produzca la solidaridad. Esto es lo que, a mi juicio, no siempre se tuvo en cuenta cuando estas operaciones se hicieron. La primera vez, la Coordinadora llamó a un planteamiento semejante. Costó la salida de cuatro dirigentes y la prisión de Manuel Bustos y Alamiro Guzmán. No hubo suficiente reacción, incluso por la cárcel de los dirigentes sindicales, atrocemente hiriente al sentimiento social. Sin embargo, no se produjo suficiente reacción. Fué un planteamiento justo, pero no bien acondicionado. Posteriormente hubo una cosa parecida que costó nada menos que el horrible asesinato

de Tucapel Jiménez. Tampoco hubo reacción suficiente. A mi juicio, Pinochet tuvo gran astucia en esos dos casos, porque él vió un cierto peligro de una unidad político-social y la cortó tomando medidas contra personas. Realmente la cortó y paralizó. Al hacerlo así, consiguió lo que él quería, y el proceso, en cierto modo, se detuvo. El objetivo aquí es que se produzca la solidaridad. El día que la solidaridad se produzca, ese día Pinochet es el que se queda sin terreno. Si todo el pueblo chileno está consciente de solidarizarse, en circunstancias determinadas frente a los problemas que sufre directamente, puede ser muy determinante. Ahora, lo que ha faltado es eso. Ahí está el papel de los partidos. Ellos pueden jugar un papel de cúpula o un papel de impulsores, haciendo que sus militantes tengan conciencia de que tienen que jugarse en las instituciones sociales y en esa solidaridad. De esta manera, creo, se abre la perspectiva para esa vía social. A veces los dirigentes sindicales se han quejado de los partidos y han dicho que ellos no podían representar al todo del pueblo, ya que estaban en discusión. No se sabía hasta donde valían o no valían, si eran auténticos o no auténticos. Ese era un problema de duda y, por lo tanto, la intención de copar la representatividad del pueblo entero habría sido posiblemente ineficaz. Tenía que partir por la vía social y tenían que aparecer, por lo tanto, los dirigentes sociales, obreros sobre todo, en una primera línea. Ahora, si esto es el conjunto de lo que he llamado vía social, a eso se añade para complementarla y para asumirla en determinado momento, la vía política.

¿En qué consiste la vía política?. Desde luego consiste en la presentación del cuadro institucional futuro. Aquí personalizo en Manuel Sanhueza. El grupo de los 24 realiza una cierta tarea fundamental que no es la primera en el orden que se ha señalado, pero que tiene que estar ahí presente,

porque el país tiene que saber cual va a ser el cuadro fundamental de instituciones. Ese cuadro está presentado, de hecho por gente de diversas concepciones políticas que se reúne y es capaz de plantearlo y tenerlo como una meta que está ahí presente.

Al mismo tiempo, es necesario pensar que todo este mundo político está ya reivindicado un poco, porque el problema social ha demostrado que el gobierno es antipopular, antidemocrático y está fracasando en todas sus tareas. Por lógica consecuencia reivindica el valor de la presencia de lo político. Y esto podría hacerse a través de banderas políticas tradicionales. Ojalá hubiese una renovación teórica y práctica, sobre todo práctica, en la forma de ejercer la vida política partidista, pero por lo menos aparece como un hecho que está realizando de nuevo este factor político. Ahora bien, lo primero allí es que haya como una especie de abanico, como una especie de configuración, en que la oposición juega como oposición. A mi me parecen buenos los trabajos de sondeo, sean en cualquier sentido que sean, porque van atrayendo y van formando todo esto que en Argentina fué la Multipartidaria, por ejemplo, pero que, sin tener la forma de multipartidaria, constituyen una especie de gran abanico, de gran arco de actividad política, en que todos se respetan y que son capaces, en un momento dado, de jugar como un todo frente al gobierno. Ese es como un primer nivel.

Luego viene un segundo nivel: dentro de este abanico hay que mantener las afinidades, cierto tipo de tendencias, cierto pluralismo, porque si no se renuevan viejos problemas, se establecen diferencias de metas y de procedimientos y se entra a procesos de negociación que pueden ser muy difíciles. Si uno piensa solamente lo difícil que es, dentro de cada partido, solucionar problemas de diferencias que se producen a veces conflictos de personas, de posiciones, que es necesario

estar pensando, tratando de arreglar, tratando de buscar soluciones, porque hay diferencias de tácticas que pueden ser hacia el futuro, pero que se están aplicando de inmediato, y así, cosas así, si pienso en el problema del PS, yo creo que uno comprende la enorme dificultad de trabajar tenazmente para una especie de una sola organización opositora.

Eso puede ser un tiempo perdido y justamente ser algo que al día siguiente de formado, cualquiera que sea el tiempo que se gastara en eso, puede tener diferencias por cualquier cosa, incluso por un hecho internacional, incluso por la apreciación de ciertas declaraciones del gobierno, porque vienen tácticas y estrategias, todo eso, pasa a ser muy vital. Si en una reunión o meeting cualquiera, observamos esas tendencias a manifestarse unos en detrimento de otros, bueno, puede ser que ya todos en una sola organización significara más recelos, más peligros, más problemas, más discusión, más choques de personas en niveles diferentes de los dirigentes del partido. Eso aparece como una cosa innecesaria, a mi juicio. Pero si se mantiene ese orden general, que en el fondo se trata de que hay que buscar acuerdos, y que hay que resolver problemas, y que hay intereses comunes, y que el principal interés de todos es llegar a la finalidad que se ha planteado, entonces sucede, que, dentro de ese pluralismo, es fácil encontrar las soluciones concretas que se vayan pidiendo. Así es como se han establecido algunas organizaciones. Si ustedes ven, por ejemplo, por la experiencia, hasta donde la Alianza Democrática y el MDP han entrado en una polémica corrosiva? ¡No lo han hecho! Sería lo mismo si estuvieran todos esos elementos en el mismo organismo? No sería tal vez más peligroso el que cualquier diferencia se aumentara? Aquí hay una especie de terreno donde se puede discrepar y se puede estar de acuerdo. Y cuando se necesitan ciertas solidaridades se han prestado. De tal manera que ese pluralismo no es en sí antiunitario. Sólo que, na-

turalmente, hay que estar basados en toda esa concepción de la meta final, y como voy a decir enseguida, de algunos procedimientos. Porque evidentemente esta visión de una especie de unidad de fondo, unidad de concepción en la lucha contra el regimen demanda una coordinación permanente y total y, al mismo tiempo, libertad de afinidades; todo eso exige algún límite para que no se transforme en una coctelera.

¿Cuál es el límite? A mi juicio hay dos límites. Uno se refiere a los sectores que se van desgajando del gobierno, que es el de la permanencia en posiciones, en justificación de las violaciones fundamentales que se han producido en los Derechos Humanos, a la gente en suma. Es evidente que con la UDI, no se puede tener ninguna forma de alianza ni coordinación, mientras no se arrepientan de todo -¿No es verdad?- o sea, dejen de ser enemigos; aquí no señalo nombres, pero hay casos de personas que son enemigos en este momento, después de haber sido amigos, -es evidente que hay un trato diferente-; pero el que se conserve y se siga conservando todavía como amigo y se esté justificando, ese no puede ser alguien a quien se vincula en este proceso, porque entonces, nadie entiende nada. Pero al mismo tiempo tiene que haber un límite en los métodos de lucha. Y aquí viene toda la discusión de la violencia y del derecho a la rebelión. Toda esa discusión, a mi juicio, lo más erróneo es no plantearla, no conversarla, porque ahí el opositor tiene que saber conversar con el otro opositor, aunque estén totalmente en discrepancia frente a los métodos. Por qué? Para convencerse en última instancia, porque es evidente que si se usa un mal método, que favorece al gobierno, todos retrocedemos. Entonces no hay que usar malos métodos. Hay que tratar de aproximarse en lo posible y hay que resolver esos problemas de métodos. Creo que en el país ha habido, claro, algunas cosas, pero no se ha llegado a un extremo demasiado grande de uso de métodos que puedan ser totalmente inaceptables para



otros. Pero en la medida que esto se produzca, se haya producido, o pueda producirse, considero que estas son materias de discusión de los partidos y de acuerdos concretos. Estoy seguro que los partidos chilenos tienen una palabra, y en general, cuando se comprometen cumplen, y eso es lo que hay que buscar, un compromiso en cuanto a los métodos. Eso no se debe dejar así a la imputación o al comentario crítico solamente, o a que se hacen referencias contra la violencia en un discurso, o en otro discurso se habla contra el falso método de buscar negociaciones con el gobierno, porque uno no entra en la violencia. Esa clase de cosas creo que se pueden superar con conversaciones concretas para discutir los métodos. Porque puede ser que llegue el momento en que todos nos pongamos de acuerdo en ir a la lucha armada. Eso no es imposible. Don Bernardo O'Higgins fué a la lucha armada alguna vez y lo tenemos como héroe nacional. En consecuencia, esas cosas pueden producirse. Hay que tener ahí un cierto relativismo y al mismo tiempo una cierta firmeza de criterio político para apreciar las cosas. Pero se puede suponer que en esta etapa, en este período, el método armado no es el adecuado, no es el que humanamente corresponde. Pero si hay alguien que quiere hacerlo, los políticos tienen que ir a ellos para convencerlos, para conseguir acuerdos sobre esa materia y énfasis en eso, no tanto en el contenido de esos acuerdos, sino en el hecho que hay que ser capaces de llegar a ellos.

De esa manera entonces; uno está en un cuadro en que la meta final y los métodos y también las formas de entrelazamiento están más o menos claras. Ahora bien, a eso hay que llamarle unidad y no gastarnos con esta discusión infinita sobre la unidad. Porque vean ustedes lo que sucede: se habla permanentemente de que la unidad es necesaria, es indispensable se da como inexistente; entonces, claro, quiere decir que nunca vamos a ganar, porque no tenemos nunca esa unidad. Y la

unidad de cúpula, de arriba para abajo, de los partidos "como para el retrato", ese tipo de unidad no se va a conseguir. Ni conviene quizás que se consiga. Habiendo dudas sobre eso, buscarlo como objetivo, declararlo como indispensable, y al mismo tiempo no conseguirlo, es como declarar: nunca estamos en condiciones de vencer. Entonces para qué? Más vale dejar de lado este problema y decir: aquí hay formas de acción en que la oposición trabaja unida y dar más bien esa impresión. Esta misma reunión es, entre otras, un ejemplo de trabajo conjunto. Y justamente en la medida que seamos francos para decirnos nuestros puntos de vista, en esa medida trabajamos para esa unidad máxima. Pero no es una unidad mecánica, formal, exterior, sino que es surgida precisamente de la forma como se presenta la situación política. Desde ese punto de vista, podría concluir, que la unidad tenemos que entenderla en esa forma compleja. Y aquí me apego a los análisis de Manuel A. Garretón y le pido que me perdone si él no se apega a lo que estoy diciendo. Creo que él ha suministrado mucho para pensar sobre esa materia. Quizás demasiado sutilmente, para los que quieran una acción inmediata o para el proceso político directo, pero se le puede sacar provecho; digo, a todo eso, bastante.

Ahora se plantea entonces una unidad compleja, orgánica de la oposición, que sabe sus puntos de coincidencia, de procedimientos, de diferencias. Hay que dar entonces al país el sentimiento de que la oposición, sabe ponerse de acuerdo en todo lo que es necesario y que si no se pone de acuerdo en algunas cosas, es porque son problemas en que se deja la libertad justamente, se deja la democracia, a la discusión presente, o sobre todo futura, en que nadie ha abandonado aquí sus puntos de vista, nadie está trabajando por un concepto de democracia dudoso, porque se ha discutido eso y porque se plantean esas cosas. No se olviden. Creo que la democracia que hay que plantear es la que surge de la declaración universal de los Dere-

chos Humanos, que es un control jurídico y político ante cualquier país del mundo y que es un texto, no es una mera idea. Está ahí. Sirve para juzgar. Y eso es ya todo un modelo.. Y se trata que haya una cierta coincidencia es ese punto. Pero si no hay coincidencia en este punto, yo creo que no hay coincidencia, porque creo que los modelos constitucionales son diferentes, -no quiero entrar en ese problema, pero creo que hay modelos diferentes y que pueden estar en deficiencia frente al modelo de la declaración universal de los Derechos Humanos-, pero de todas maneras, si hay diferencias, justamente el resto de lo que he tratado de expresar o sea de coordinación, de operaciones, de acuerdos concretos, permite, poner en suspenso ciertos problemas o resolverlos durante este mismo período de lucha, haciendo que predomine entonces un concepto de trabajo de conjunto aunque no sea esa unidad que yo llamaría puramente política y puramente cúpula política.

Ahora bien, desde el punto de vista de lo más inmediato, de cosas que hacer, desde luego, en esto que he señalado, todos tenemos que hacer algún esfuerzo, los partidos, aquí hablo directamente de los partidos en ciertos esfuerzos de comprensión, por ejemplo, el no maltratarse polémicamente, el no enjuiciarse, el no hacer pronunciamientos destructivos. En cierto modo conservar ciertos problemas para un momento más adecuado, porque eso de la adecuación para un momento, de lucha, porque el enemigo principal está más allá de este momento. Enseguida creo que los partidos también tienen que darse opciones. Sabemos toda la polémica política. Sabemos que a ciertos partidos se les puede acusar de ser demasiado conservadores, a otros se les puede acusar de ser enemigos de la democracia y partidarios de un concepto, que se yo, totalitario, etc. Toda esa clase de cosas hay que tenerlas

presente, como se dice en la Corte, pero, al mismo tiempo, dar oportunidad, porque uno tiene que suponer que la experiencia de estos ya 11 años nos tiene que decir algo, tenemos que aprender. La gente ha sufrido tanto, que no se puede decir que no se va a aprender nada de eso. Por lo tanto, calificar a alguien solamente por el pasado es falso, porque puede ser que en este momento justamente esa renovación de los partidos surja de este hecho, de esta experiencia de 11 años y se renueven desde dentro y los partidos más tarde tengan una visión en muchas cosas rectificada, corregida, adecuada a las nuevas circunstancias y a ese hecho de la experiencia. Entonces hay que darse esas oportunidades, y se da en el trato humano y en la manera de la conexión social y política. Y también evidentemente, los partidos tienen que hacer un esfuerzo para ceder en ciertas cosas. Porque claro que hay puntos muy conflictivos, muy fuertes, y que hace justamente que el gobierno pueda lanzar una cierta publicidad. Pero hay que entrar a aceptar realmente la perspectiva que tenemos hoy. Creo que Fanny lo señalaba bien, cuando decía que el MDP cierto criterio político de procedimientos y de finalidades. Si se consigue realmente que todos veamos que es así, y también el MDP, sin abandonar sus tesis políticas entiende que la democracia es tal como el grupo de los 24 la ha planteado con aceptación, creo casi general, entonces hay una posibilidad que uno puede decir que los partidos se están renovando y otros, que no entendían problemas económico-sociales, entran a entender formas de convivencia social que no son las tradicionales. Hay que hacer esos esfuerzos para cambiar y rectificar en función de estos objetivos.

Una palabra sobre estas proposiciones que se han hecho, de concertación. Creo lo siguiente: cuando a un partido político, sea a la Alianza, o al MDP, o a cualquier otra organización política actual, se le plantea como desde fuera objetivos, que en parte son tácticos o meramente operativos, pero que tie

nen un trasunto político general, entonces, si no concuerdan, tienden a rechazarlos. Por ejemplo, la mesa de concertación, de máxima buena fé, planteada por el Comando. Puede ser que sea entendido como "la reunión para el retrato" porque en cierto modo, esos elementos de la reunión en superestructura están dados así, o se les puede entender así. Entonces se produce una diferencia y el asunto pasa a ser un problema más de discusión. Creo que incluso la proposición de esa clase de cosas, debe hacerse previo concierto, es decir, que estemos de acuerdo en hacer esas proposiciones, porque si no, las tendencias políticas se resisten a entrar así no más. Pero uno debe buscar en este momento cuáles son las diversas figuras dentro de lo que hoy día tiene que ser ese reagrupamiento social y político del pueblo chileno. Eso se va a hacer por lo que antes llamé todo ese proceso social, primeramente. Aquí distingo entre movilización social y agitación política. Creo que con mucha frecuencia se ha tomado la agitación política como el meollo de la movilización social. Es al revés. La agitación política se toma en un momento que no es adecuado. ¡Por eso han fracasado algunas protestas! Para que la agitación sea posible, se necesita que el proceso social esté maduro, esté por estallar, justamente, porque los problemas están agudizados, y la solidaridad entre los afectados por los problemas. Ahí está la participación de los políticos desde atrás, para que el asunto social esté en su punto más explosivo. Si en ese momento se toma la medida para la agitación, entonces la agitación resulta. Pero si se toma la medida sin consideración al curso general de las cosas, entonces resulta que puede fracasar y uno se da por fracasado. Y se empieza a decir, "falló la protesta", "cuando va a haber protesta", "no va a haber", que se yo. Una discusión que desarma. Hay que mirar en estos momentos como mantenemos una especie de esqueleto de acción. Desde luego, hay que pensar que la unidad está, no en las declaraciones de unidad, sino que en la acción unitaria. La acción uni-

taria se realiza en estos niveles:

Primero, la movilización social con la agitación cuando corresponde y ahí debe haber los organismos generales para actuar, ponerse de acuerdo, operar y tener el mayor éxito posible y eso tiene que ser un acuerdo entre todos, sin omisión alguna, para que todos participen en ese acto que es de todos. Enseguida, se ha dado la idea de lo que yo antes llamaba el arco político, se ha dado la idea de un pacto constitucional, que no hay que entenderla como un pacto político, no es un pacto político hacia la derecha ni hacia la izquierda, es simplemente el hecho que toda la civilidad se reúne contra el gobierno para ejercitar los derechos políticos. En la medida en que entran elementos que antes eran de gobierno, que entran a estar contra el gobierno y participan en ese acto, en ese arco, ahí se obtiene entonces toda una presentación en virtud de la cual el gobierno se encuentra en cierto modo aislado de ese mundo que va a ser el mundo de las acciones políticas concretas. Mantener, enseguida, este pluralismo de organización, hasta que madure a través del tiempo si hay un cambio, que también puede haber, pero no presumirlo ahora, sino, que mantenerlo eso sí con las reservas de contacto y de conexión que antes señalé. En este momento habría que tratar, que si llega el instante en que realmente se ha producido esta especie de organización político social y el gobierno entra a determinadas concesiones, debilidades, retrocesos, etc. hay que procurar que todos miremos las cosas más o menos igual, para no provocar una escisión en el momento culminante.

Entonces, ahí también, la capacidad de compromiso, de tomar acuerdos concretos para presentar el nuevo hecho, cualquiera que sea, (un nuevo militar, esto, o lo otro) tener el mismo punto de vista, apreciarlo de la misma forma, que toda la civilidad reaccione igual, que no se divida allí y plantee

una dificultad insalvable. Y además, yo diría, toda posibilidad de negociar que se produzca en este período, tiene que ser medida por los mismos criterios, es decir, hay que tener la co ne xión y saber encontrar acuerdos para que esto no aparezca co mo la obra de unos, que supone estar contra los otros, o de acercarse al gobierno más de lo que debe hacerse, porque puede ser que un momento dado todo eso hay que darlo como hipótesis, todo eso puede ser posible. No vamos a resolver a priori nada, porque depende de las coyunturas. En una situación así las co y un turas son muy indiscernibles e imposibles de concebir con exactitud. Pero, ¿cuál es la garantía? Este acuerdo, "acuerdo para el acuerdo", incluso para los desacuerdos, es decir, esta conexión que supere las diferencias de cualquier tipo en función de la tarea principal que es causar perjuicio al gobierno, no causarnos perjuicio a nosotros, los opositores.

Todo esto debe conducir a un hecho político: el hecho político podría ser una subversión tal o cual, el uso de la fuerza contra los militares. No parece posible eso. ¿Cuál parece posible?

A mi juicio es convertir la movilización social y política en inmovilidad del país. O sea, se trata de poder tener a la civilidad tan consciente de su papel de tal, que en un momento dado pueda "los brazos caídos", la inmovilización del país. Creo que en eso coincido con lo que antes también se dijo. El paro no es solamente una jornada de paro. Diría que es una jornada básica, porque hay que parar el país. En ese momento toda la capa superior de mando del país, incluso los militares, ahí tienen que decir: Señor, Ud. ¡váyase! Fué el caso, me parece a mí, del general Ibañez. En un momento dado, cierto consenso de opinión pública orgánica, bajó los brazos, -"yo no trabajo más, yo no hago más, Ud. se vá! Y él tuvo que irse. Crear esta situación debe ser la finalidad en este perío

do. Crear esa meta es la finalidad. Ahora, de esa meta pueden surgir varias otras cosas, si eso no resulta; porque uno tiene ya a la sociedad preparada para eso, al país políticamente preparado para sobrepasar incluso ese marco si resultara que el militarismo quiere quedarse a pesar de todo; entonces puede surgir por obra de los hechos, no por una especie de artificial preparación, la vía armada. Pero tiene que ser el resultado de que realmente todo este mundo de métodos sociales, que podemos llamar pacíficos, ha llegado a su cumbre, se ha desarrollado plenamente y aun así no se alcanza. En ese momento el país está preparado para lo otro. Antes no está preparado y entonces fracasará. Pero hay una finalidad política en todo este período, que creo que a los partidos políticos les falta, pues me parece que no han conversado suficientemente sobre la premisa, el raciocinio y la conclusión. La conclusión a mi me parece, tiene que ser la inmovilización del país y usar todos los métodos necesarios para llegar a eso, sin perder energías, en función del curso del proceso social y de como se vaya presentando todo el cuadro, para que en un momento dado eso pueda ser un signo o mensaje para que todo el país actúe así. Quedan abiertas las otras posibilidades todavía. Simultáneamente creo que se hace la cosa con el menor costo posible de vidas y de sufrimientos. Y al mismo tiempo, realmente se ha operado unitariamente. Pero reitero: no ir siempre a lo exterior del asunto y reclamarnos y pedirnos e insultarnos por una unidad que en la práctica se está haciendo y que por eso solamente se convierte en un mensaje verbal que nos lleva a infinitas discusiones y que nos paraliza en las operaciones concretas frente al gobierno.